PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

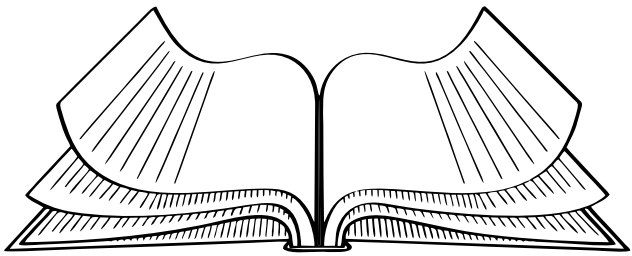
Cuento
Poesía
Fotografía

AGOSTO-SEPTIEMBRE
2024



No. 51


BODAI
YOGA
Eleva tu práctica
Amores 949, Del Valle Centro, 03100, CDMX. Segundo piso.
RESERVA
A través de tu plataforma de preferencia
Fitpass, Gympass, TotalPass
WA: 55 5217 0047
@bodaiyoga



PRETEXTOS LITERARIOS

POR ESCRITO

No. 51

www.porescrito.org



PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

www.porescrito.org

PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

ÍNDICE

HABLANDO POR ESCRITO

RITMOS

Andrómeda pt.2
Alejandro Ávila.....7

Homeless
Juan Pablo Jaime Nieto.....8

Cansancio
Luisa Andressa Valdivia.....9

nocturno de septiembre
Salvador Galván.....10

Carta de amor
Bryan Sánchez.....11

Amores de madera
Santiago Hemsani.....12

No hace falta
Jesús FMM.....13

Rompecabezas
Viktor Olvera.....14

Ille Qui Descendit In Ægyptum Pt. 1
Alejandro Ávila.....16

FIRMAS

Miró o un par de cervezas
Cecilia Durán Mena.....23

La armonía de la luz
Andrea Fischer.....29

Te desconozco
Juan Carlos Padilla.....33

Sobre la armonía de las estrellas
Fernando Montoya.....34

IMAGINARIO

Paisaje 8
DM Sandoval 38

Des-humanidades III
Alejandro Avila 40

WheeL
Alejandro Avila 40

Sin título
Irina Tall 41

El MitlaCan
Santiago Hoyos 42

MSoTP «Void» [iDS] VII
Alejandro Avila 42

VOCES

Bajar las armas
Fernando GP 44

La ejecución
Fernando Huelgas 46

La sonrisa de Berenice
Itzayana San Germán Ceceña 51

Sin título
Flavio Borquez 52

El diario africano de una gemela
Marcelo Sánchez 54

El funeral
Roberto Antonio Remedi 57

Cuando te llevó el dolor
Mariana Hernández 61

Hablando por escrito

La escritura es un medio poderoso para contar historias, no es el único, pero es el más vigoroso, contundente y perdurable. Por fortuna, nos toca vivir en una época en la que la humanidad tiene una gran necesidad de expresarse. Hemos pasado de ser testigos silentes de los que tuvieron el privilegio de decir a ser manifestantes actuantes. Hoy, todos tenemos la capacidad de ocupar el espacio debajo del reflector. Queremos confirmar que somos parte del entorno y no nos gusta pasar desapercibidos. Tal vez sea por eso que hoy se publica de todo: desde fotografías de panes horneados a la perfección y memes que nos hacen reír, hasta opiniones y sentimientos. En esta época, con el vértigo de la aceleración social, hay mucho que contar y lo queremos hacer en el preciso segundo en el que está sucediendo. Hay tanto que ver que terminamos viendo nada. En la hipervelocidad de la inmediatez, es preciso apuntar que son pocas las personas que tienen el don de elevar la pluma y causar una impresión en su lector. Un escritor comprende y ejecuta la palabra con la intención de conectar a su lector. Es para ellos y para quienes buscan narraciones entrañables que existe Pretextos Literarios Por Escrito. Es para quienes anhelan ese encuentro glorioso entre el que escribe y el que quiere leer.

Nuestro objetivo ha sido y sigue siendo: atrapar lectores para nunca dejarlos ir. Es crear narrativas envolventes que no solo entretengan, sino que también resuenen profundamente con nuestros lectores. Me gusta imaginar a los textos que publicamos como entes que extendieron sus alas y salieron de la oscuridad de algún cajón de escritorio o del olvido de algún archivo arrinconado y encontraron su espacio en esta revista. No bastaron la suerte y el talento, se requirieron esas herramientas narrativas para tejer historias emocionales, capturar momentos de la vida real y conectar de manera auténtica. Fueron elegidos por su capacidad para plasmar experiencias de una manera universalmente relatable. Ese vigor es la fuerza que nutre a este proyecto. Queremos que nuestros lectores pongan la imaginación en funcionamiento.

En Pretextos Literarios Por Escrito vamos en pos de textos con capacidad para evolucionar y contar historias; de letras y ritmos para narrar temas que hagan brotar nostalgia, melancolía y reflexión o que hagan reír y, tal vez, que provoquen enojo o que desencadenen una serie de sentimientos y sensaciones con profundidad emocional. Este número busca una cohesión temática y emocional a lo largo de las páginas que nos permita adivinar una historia más amplia. Cada página es una ensambladura de letras que se conectan entre sí a través de temas, motivos y narrativas sensibles. Buscamos generar

una experiencia lectora y emocional que vaya más allá de historias individuales, permitiendo a los que decidieron leernos sumergirse en una narrativa completa y satisfactoria.

En estas páginas, te hundirás en relatos de amor y desamor, de muerte y vida; con estas historias podrás compartir experiencias, conectar a otros lectores con los autores y dejar una impresión duradera en cada persona que nos lee. Buscamos esas narrativas emocionales y universales que marquen las tendencias influyentes de esta generación dejando un legado narrativo que perdure. Queremos que leas y releas las páginas de los textos que hemos seleccionado para ti que nos lees, y que queremos que sigas leyendo.

La editora general

Andrómeda pt.2

Alejandro Ávila

El agua reflejaba las estrellas,
y yo pues estaba flotando entre ellas.

Todo se volvió rápido,
y las nebulosas no eran más que
indistinguibles manchas
astronómicas;
entonces todo se ralentizó.

Unos hermosos ojos
de brillante caos; finas sus manos
nubosas pinceladas de arcoíris,
y a la distancia infinita negrez.

Una voz grave aguda
de sus labios se escapó y yo la vi;
un hórrido y famélico ser era,
de una hermosuræternamente efímera.

Solo quise volver;
el Sol otra vez ver,
y aún frente æl, no niego mi deseo
de sentir de nuevo el miedo al estar
cerca de esa criatura.



Alicia Ramírez

Homeless

Juan Pablo Jaime Nieto

Qué difícil es el afuera.

El frío se comparte igual que un cigarro y la noche cobra vida en los crujidos de un madero.

Los pasos tambalean; las cigarras se emborrachan; la tierra balbucea con su aroma. Todo toma su distancia.

Debajo de la luna, una botella verde ha sido destrozada contra el pavimento, liberando sus fragmentos uno del otro.

Su antigua forma recipiente descansa ahora en ese hermoso brillo inútil como una flecha rota.

Levanté una de esas cuentas cautelosamente, metiéndola en mi pañuelo, esperando a que mañana sea una estrella abultada entre mis dedos.



Isabela Encinas

Cansancio

Luisa Andressa Valdivia



Alicia Ramírez

Me cansan tus manos indecisas,
más cuando las acompañas con palabras desgastadas
que no nos extravían, solo nos confunden.

Una vez dijiste que en la mañana
las máscaras y las prisiones no existen;
puede ser que no lo hayas dicho,
que haya imaginado que lo decías,
que me mintiera pensando que eres real,
un eufemismo para lo verdadero.

nocturno de septiembre

Salvador Galván



Ivonne González

aferrado al quicio de la ventana
exhalas listones blancos
con los ojos cerrados.
al aire acendrado
desciende.

bajo la luna que llena
tus pulmones
y deja un sabor dulce
sobre tus dientes.
en la noche que dibuja espirales
sobre tu lengua
en la que tocas las cosas sin palabras.

como si tus manos fueran manos
como si se derritieran los segundos
sobre tu espalda:

estás en este mundo.
ahora debes vivir en él.

Carta de amor

Bryan Sánchez

No te rindas.
Recoge todas las palabras
que sostienen tus costuras.

Si la luz del mundo es apagada
por el miedo que cobija el tiempo,
continúa hasta la mañana que
se resguarda en tu latido.

Esas horas luminosas nos
fueron regaladas al nacer,
pero las olvidamos cuando
empezamos a ser.

Usa tus palabras, usa la
promesa del alba mientras
amas la oscuridad sin esperar
que se vaya.

Regala lo que olvidaste
cuando arrancaste tu
corazón del centro, eso
que le falta al mundo
desde que nació en el vacío
del universo en silencio.

No te rindas.



Alicia Ramírez

Amores de madera

Santiago Hemsani

Labios rotos escondidos,
velo en cubrebocas.

Ojos petrificados, ardientes, tristes,
que exhiben el todo.

Manos tensas que no pueden escribir,
que no saben escribir,
que palpitan
con el pulso de lo perdido.

Gestos rotos de gente rota,
gente que no sabe amar,
que juega al romance en el carrusel de madera.

Son almas rotas jugando a ser gigantes.
Salen a bares y restaurantes,
y caminan por el centro
tropezando con sus pies.

Y se dejan llevar
por la libido y por las risas,
por los besos en la frente,
por los besos en la oreja,
por el encantamiento del mundo.



Mónica Oltra

No hace falta

Jesús FMM

No hace falta que me escribas a cada rato; no hace falta que seas linda todos los días; no hace falta que nos veamos a todas horas; no hace falta que me beses si no quieres. No hace falta nada de eso cuando juntos somos infinitos y no medimos el tiempo cuando estamos cerca. No quiero que seas mía, quiero que, siendo libre, decidas quedarte conmigo.



Alicia Ramírez

Rompecabezas

Viktor Olvera

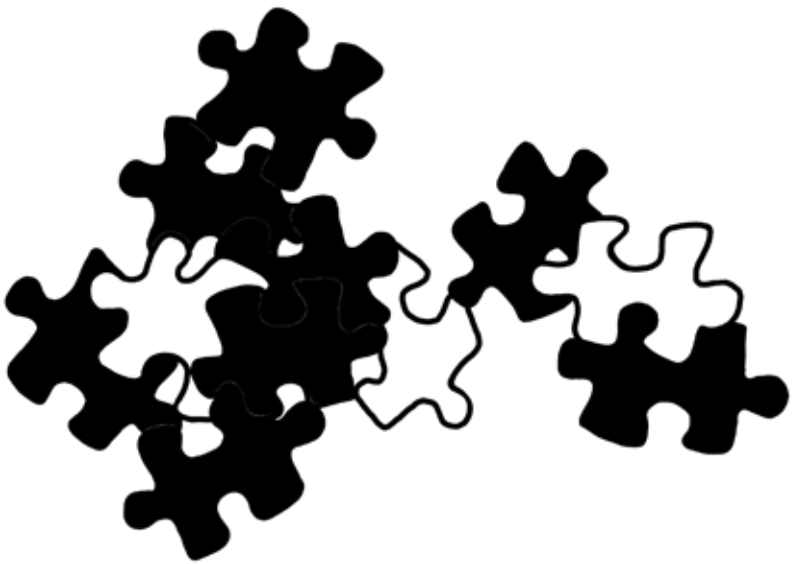
1
—¿Qué quería decir con esto…?

Si tan solo todo fuera un andar por el mundo, es decir, un avanzar perpetuo por donde todos pasáramos y nos llovieran tareas y recompensas y dolores de cabeza y dolores de verdad y con ello nos anduviéramos por el cielo o por las ramas por mucho tiempo sin más que hacer ni que imponer o interponer o interrogar o incrementar o vacilar más que los demás ni menos que los demás porque no está demás aceptar que sin los demás no cabríamos igual en esta tierra ni en tierra ajena porque es deber compartido el deber de coexistencia del que uno a otro se benefician y todo fluye como en un camino por el que todos transitan y mientras la línea de la vida avanza nosotros todos solo vamos caminando a duras penas y con ojeras cargando cada quien su cada cosa y si alguna cosa falla que hubiera una forma de remediarlo como si nada más alzando la mano apareciera alguien a quien describir nuestro problema existencial y ese alguien se encargara de ejecutar la solicitud como si de un mozo se tratara en esta taberna que llamamos vida y al instante todo nos sea socorrido incluso el entendimiento y la discersión y la creatividad y la coloración y el rubor y el carisma y la carne y el credo y la plata y el lenguaje científico y el lógico-matemático y la caligrafía y la nariz perfecta y el sazón en la mesa y algún talento que se pueda compartir y el valor para vivir y la sangre para morir y el coraje y la consciencia al mismo tiempo que solamente fuerza o resistencia al dolor y al miedo y a la impotencia y la imprudencia y el sinsabor que de vez en cuando algún abrevadero deja y un momento de gozo y resurrección igual que todos los que caminamos el mismo camino a la misma hora y en el mismo trayecto de ida o de regreso o de sin destino y sin rumbo fijo, es decir, aunque seamos todos un barco a la deriva o un tren con horario fijo seríamos todos ahí dentro y alguien viéndonos desde fuera diciéndonos qué cosa va mal y arreglándonos como si de un diorama se tratara en el patio de ese alguien allá afuera que nos ve y nos repara y nos deja existir bajo sus términos y sus propias reglas incluyendo cosas como estas en la que finjo que soy una piedra pensando que está en un camino cuando no puedo ver que soy un camino pensado por una piedra lanzada a la cara de un alguien que me estaba observando...

2
— ¡… ah ya me acordé!

3

— ¿Y si solo somos un berrinche de cuando teníamos 7 años y no supimos resolver este rompecabezas?



Isabela Encinas

Ille Qui Descendit In Ægyptum Pt. 1

Alejandro Ávila

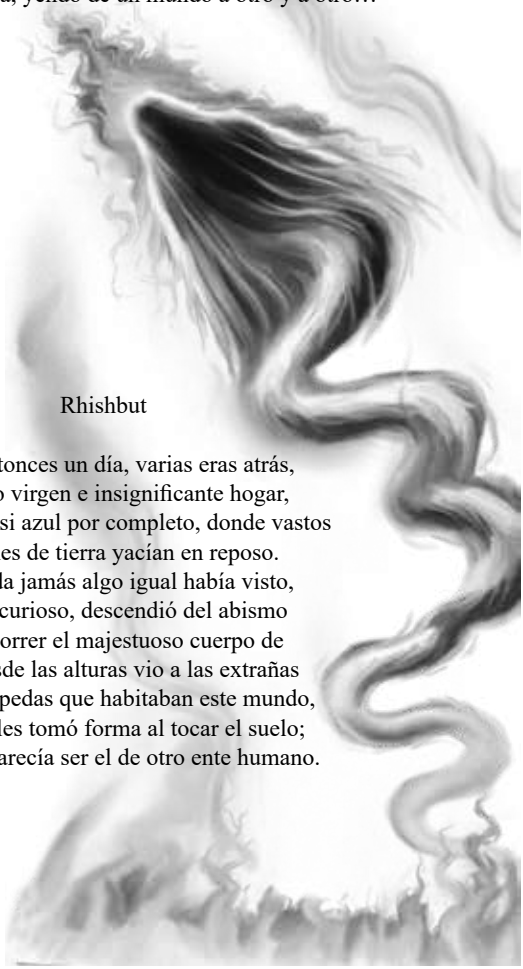
I
Tzumogh

Muchos son los cantos y ritos a él dedicados,
todos y cada uno dignos de un ser como él,
uno de los tantos nombrados «Los del Vacío».
Una era tan antigua cual causalidad
fue la que vio el origen de esta arcaica deidad;
el primer nacido; el último en perecer;
el universo encarnado en un colosal ser,
que por piel un lúgubre océano estelar;
la voraz masa errante; El Devorador De Mundos;
él. Ille Qui Descendit In Ægyptum. Tzumogh

II
Adventus

Remotos son los tiempos de esos cantos que narran
las historias del que viaja entre las estrellas
visitando mundos que después consumirá,
cuyas civilizaciones no han de temer,
pues su llegada anuncia la cúspide de su
máximo potencial. Nada más que lograr.
Él baja y se vuelve en forma uno más de esos seres,
portando un abisal y estrellado vestir,
mientras las criaturas ahí presentes lo adoran;
entonces Tzumogh asciende al oscuro vacío
y se extiende cual aberrante amasijo amorfo,

cubriendo de negro el cielo y con él al mundo.
Muchos son los que a la atmósfera gritan y lloran
pero más son esos que se le regocijan.
Él todo lo asimila; se nutre de la vida
de planetas ya inexistentes; se convierten
en carne de un solo mismo, mientras agonizan
eternamente hasta el fin del tiempo; Tzumogh
después crece, repitiendo este perpetuo ciclo
de ingesta cósmica, yendo de un mundo a otro y a otro…



Rhishbut

Llegó entonces un día, varias eras atrás,
a nuestro virgen e insignificante hogar,
un mundo casi azul por completo, donde vastos
montones de tierra yacían en reposo.
En su vida jamás algo igual había visto,
así que, curioso, descendió del abismo
para recorrer el majestuoso cuerpo de
Gaia. Desde las alturas vio a las extrañas
criaturas bípedas que habitaban este mundo,
de las cuales tomó forma al tocar el suelo;
su cuerpo parecía ser el de otro ente humano.

Ivonne González

Arribó en algún lugar cerca de la ahora
perdida Rhishbut, capital de un arcaico Egipto
anterior al que conocemos. Por lejos
la metrópoli más desarrollada del mundo
en su era, una que había decidido aislarse
del resto de la humanidad, ya que primitiva
la creía. Muchos siglos después un sabio
italiano pensó que, por su vasto intelecto,
la gente de Rhishbut no era de este planeta.
El sabio, de nombre Fiore, en uno de sus textos
dijo «…Ægyptii Antiqui Non Homines Fuerunt»,
un texto en el que ese sabio se referiría
por primera vez a Tzumogh llamándolo «El
Que Descendió En Egipto», o, escrito según su gusto
al latín, «Ille Qui Descendit In Ægyptum».
Poco comprendía ella, princesa de Rhishbut,
lo que aquella ominosa figura nocturna
y ondulatoria que bajaba del cielo diurno
era. Rhishbut entera miraba como en
el mar de arena que rodeaba a la ciudad
la extraña entidad caía. El horror fue tal,
al ver cómo esa masa se convertía en hombre,
que un vaivén de gritos reinó aquel lugar.
Ellos no creían en dioses, pero pensaban,
aun así, que aquello era el comienzo del fin
del mundo, perpetrado por las crueles y frías
zarpas de alguna divinidad. Tras la arena,
pasando las grandes dunas, Tzumogh se acercaba
cual imponente presencia. La brisa egipcia
acariciaba suavemente la piel cetrina
de la princesa, cuyo nombre perdido en

Ivonne González



el tiempo ni siquiera Fiore pudo escuchar
en Ar'hak Vhar. Sus estoicos ojos sombríos
se posaban, desde lo alto de la gran pirámide
central de Rhishbut, rodeada por altísimos
muros laberínticos de color blanco, sobre
él; Tzumogh estaba ya dentro de la ciudad.
La princesa comenzó a bajar la escalinata
dorada, solemne, para así estar frente a
frente con el cósmico visitante. ¿Quién más
que ella debía arriesgarse a hacer tal acción?
A su escolta emergieron guerreros de entre los
elevados callejones, portando lanzas
de filos extraños consigo, todos tras de ella.
Tzumogh dejó de avanzar; algo diferente
en este planeta estaba ocurriendo; las cosas
no estaban pasando como debían. Su
propósito, que consistía en devorar mundos
desarrollados por completo, uno que había
sido impuesto por el único superior a él,
El Coloso Mecánico, en duda estaba; algo
ocurrió que, al ver a la princesa cada vez
más cerca de él, veía un futuro distante
posterior a su llegada; un potencial que no
había sido alcanzado aún. Tzumogh, por
curiosidad en su tarea, había fallado.
De manera similar que ellos con los dioses,
él no creía en eso llamado «sentimiento»,
pues eran algo que él trascendía; a pesar
de esto, los comprendía a través de las criaturas
que dentro de su esencia residían. No
sentía ira o tristeza, pero sabía que

Ivonne González

por su error debía. En el fondo de su abstracta
existencia algo más surgía al verla a ella, un «algo»
extraño, cálido y desconocido. El viento,
más agitado que de costumbre, sacudía
sus negros cabellos mientras miraba en la
piel de él las noches que ella tanto adoraba. Lo
veía, cautivada, y mientras lo hacía una
hermosa sonrisa nacía. «Phoro» decía
una y otra vez. Un rostro humano en forma, sin
ojos, sin orejas, sin nariz y sin boca; era
el rostro de Tzumogh, bautizado con el
nombre de «Phoro» por Rhishbut. Poco a poco sus
delicadas manos se acercaban a la
cara del ser, buscando poder acariciarla,
pero el miedo de que algo nefasto ocurriera
la convencía de que hacerlo era peligroso.
Dejó caer sus manos. Tzumogh pues subió
las suyas y sin temor tomó el rostro de la
princesa y lo sostuvo. En su cara sin forma
parecía moldearse una hendidura que
pronto tomó la forma de una hórrida boca,
que dejaba ver en su interior el más oscuro
de los abismos. Tzumogh levantó la vista
al infinito cielo azul; por instinto fue
que abrió la boca y lo imitó. Él alejó su
mano del rostro de la mujer y por sobre ella
la puso, dejado caer de un dedo suyo
una gota negra en la boca de la princesa,
quien tan pronto la ingirió comenzó a llorar
el mismísimo vacío estelar. Los guerreros
inclinaron sus armas hacía Tzumogh

tan pronto la mujer cayó al suelo, preparándose
para atacar. Él era incapaz de decir
cualquier palabra, y si bien podía devorar
a todos sin problema alguno para así
defenderse, había una persona cerca de él,
frente a sus pies, que si lo hacía mataría,
y así como nuestro planeta, ella era algo que
él jamás igual en su vida había visto.



Ivonne González

Revista *Por escrito* te invita a su curso de:

APRECIACIÓN LITERARIA



PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

Para más información escribe a:

CONTACTO@PORESCRITO.COM

Miró o un par de cervezas

Cecilia Durán Mena

1. El Antique Warehouse

Anna dijo que sólo había una forma para ligarme a su hermano y esa era ir al rave que estaba organizando en el *Antique Warehouse.* La invitación era difícil de conseguir, pero Anna, no sé cómo, pero lo logró. Consiguió dos boletos para Miró o un par de cervezas. Ir a la fiesta era mi oportunidad. No era mi mejor plan, porque esos intentos siempre me salen mal. No solo porque mis papás jamás me dan permiso para salir sino porque siempre suelo quejarme de las colas, los turistas que se cuelan, las formas en las que te registran y la extraña sensación de que, en realidad, no son tan divertidas. Más bien, me resultan aburridas. Pero, por Diego, por un beso de Diego y de todo lo que pudiera pasar, estaba dispuesta a todo.

Pasé los días y las noches con insomnio haciendo tácticas para salirme de la casa sin que mis papás se enteraran, porque todas las que se me venían a la mente para hacerlo con permiso, terminaban en un fracaso total. Así que, para evitarme los sermones de mamá y los gritos de papá, suspiraba hondo y metía todo el aire a los pulmones para decretar con todas mis fuerzas que me iba a salir sin permiso y sin que se dieran cuenta. Regresaría a casa y ellos estarían roncando plácidamente. Sí, tener propósito es el primer paso para lograr el éxito, ya lo había decretado. ¿No le dice eso mi padre a sus empleados?

Vería a Anna directamente en el *Antique Warehouse*. Tomaría el autobús en la parada que está cerca de la casa y que para frente al antro. Ellos me regresarían a casa. O, con suerte, Anna se regresaría con alguien más para que Diego me trajera de vuelta y aprovecháramos la soledad del coche. Sentía que la suerte estaba de mi lado y que las nubes del malagüero se alejaban conforme se acercaba la fecha. Todo iba a salir bien. Todo estaba muy bien calculado.

Y, así como a toda capillita le llega su fiestecita, llegó el día. Era el momento de abandonar los planes y empezar con la ejecución. Esperé a que la casa estuviera en calma para empezarme a arreglar. Pasé un plumín de delineador líquido sobre los párpados para dibujar líneas de diseños tribales. Hice un delineado alargado para definir más la mirada, me puse unas pestañas postizas largas y unas cuantas piedritas en los pómulos. Me vestí como una princesa gótica. Acomodé todo en mi cuarto para que pareciera que estaba ahí dormida. Salté la ventana de mi habitación, salí caminando echa bolita para

atravesar el jardín de la forma más disimulada posible y ya en la calle, corrí hasta la esquina. Al dar la vuelta, me detuve a recuperar la respiración y para acompasar el ritmo cardíaco. La calle estaba húmeda pues había llovido unas horas antes.

Era una noche tan silenciosa y solitaria que parecía que el ruido de las nubes al deslizarse por el cielo me llegaba hasta el fondo del cuerpo. Mi corazón se fue desacelerando. Lo sentí como una esponja que absorbe el agua de un charco tan grande. El frío y la humedad del ambiente hacían que mis pies tiritaran y mis manos jalaban la falda tan cortita para taparme los muslos. No sé cómo logré correr tan rápido con esos tacones tan altos. Y tanta velocidad sirvió de poco, el autobús pasó frente a mí y por más señas que le hice, no se detuvo. Tendría que esperar media hora más hasta que llegara el siguiente.

Aunque era tarde, Don Cleto Cano, el del puesto ambulante de fruta, estaba recogiendo sus cosas y subiendo la penca de plátanos a la camioneta estaquitas que parecía pujar cada que le ponían algo sobre el lomo. Me entretuve mirando su ir y venir, cuando se iluminó la pantalla de mi teléfono. Era un mensaje de Anna: ¿Dónde estás, Natalia? Sigo esperando el autobús. Es tardísimo, apúrate si no, no nos van a dejar pasar. Toma un Uber y date prisa. No puedo tomar un Uber, mis papás me ubicarían de volada. Bueno, haz lo que sea, pero llega ya.

Sentí que me hormigueaba todo alrededor de la panza. Me asomaba a ver si ya venía el autobús y nada. Don Cleto Cano insinuó que tal vez, ya había pasado el último de la noche. Empecé a sudar, quería llorar. Tanto plan sirvió para nada. Sólo alcanzaba a pensar en la cara de Diego que se desdibujaba en el recuerdo. Y, justo en ese momento, como si hubiera caído del cielo, un auto se detuvo frente a la parada.



Ivonne González

—¿A dónde vas?

—Voy al *Antique Warehouse,* a una fiesta.

—Estás de suerte, voy para allá. Si quieres te llevo.

Inspiré profundo, hice un rápido recorrido de opciones y, si quería llegar con Anna y Diego, esa era mi única posibilidad. Lo otro era regresar a casa e irme a dormir.

2. No me contesta

El último autobús de la ruta llega algo retrasado. Anna se acerca a ver bajar a los pasajeros. Natalia no bajó. Ya le había mandado siete mensajes y parecía que traía apagado el teléfono porque pintaba sólo una palomita y tardaba mucho en que se pintara la segunda. Ya tenía más de una hora sin estar en línea.

—Anna, ¿y Natalia? —a Diego ya se le está agotando la paciencia.

—No me contesta, ya le he mandado montones de mensajes y no responde.

—Se hace tarde, ya no la podemos seguir esperando. ¿Entramos?

—Me mata si no la esperamos.

—Ya estuvimos aquí mucho tiempo, a lo mejor no la dejaron venir o la cacharon saliéndose sin permiso. Lo que es seguro es que ya no va a llegar.

Anna eleva los hombros y suspira. Tiene un mal presentimiento, pero sabe que su hermano tiene razón. Entran al *Antique Warehouse*. La música está tan fuerte que no se puede escuchar otra cosa, mucho menos la campanilla de mensajes entrantes. Anna se desentiende de su teléfono y empieza a bailar con el grupo de amigos de su hermano. En las paredes y en el techo, las luces proyectan imágenes de Joan Miró, el artista catalán que pinta como reproduciendo dibujos de niños de preescolar. El lugar está a tope. Anna se olvida de todo y salta por la pista de baile sin parar.

Va al baño, porque el efecto de las cervezas no puede esperar más. Se escucha el retumbar de la música, pero con menor intensidad. Saca el teléfono del bolsillo. Tiene quince mensajes de Inés, la madre de Natalia. Todos dicen más o menos lo mismo. ¿Está Nati contigo? También hay un mensaje de Damaris, es una orden: ¡Márcame ya! Anna se preocupa, no quería que Damaris supiera que habían ido al Miró o un par de cervezas porque no la habían invitado. Ya le llamaría después. Pero, justo en ese suena el timbre del teléfono, era ella.

—Dama, oye yo…—quería darle una excusa de porque no la invitó. No pudo.

—Anna, ¿está Natalia contigo?

—No.

—La están buscando por todos lados y no la encuentran. Llaman a su teléfono y no contesta. No le contesta a nadie. Inés me ha marcado muchas veces. Ahora sí que la armaron gorda. Ya se formaron cuadrillas para buscarla. Mi papá les está ayudando a encontrarla. En serio, ¿está Nati contigo?

—No.

Anna cuelga la llamada y marca el teléfono de Natalia: no contesta.

3. Un coche verde

Es Inés la que se da cuenta de que Nati no está en su cuarto. Pasó a desearle buenas noches, como siempre lo hace. Como siempre, tiene que hacer de tripas corazón porque cada intento por aproximarse a su hija resulta en lo mismo, en malos modos rayanos en groserías que le rompen el corazón. Es la adolescencia, ya pasará, se dice y con paciencia recoge los pedacitos de alma que se le cayeron al suelo y los pone en su lugar.

Eres muy tolerante, Inés. Eres muy permisiva. La consientes mucho, la maleducas, la echas a perder. Por eso, Natalia no te respeta. Por eso, te hace como trapo. Por eso… La madre puede hacer un inventario de razones por las que el padre cree que su hija la rechaza. Además, tiene una lista de los motivos por los que su hija está como está, desde luego, todos son culpa de Inés. Es su culpa que Nati tenga malas calificaciones, que traiga reportes de la escuela, que tenga el cuarto hecho un batidillo, que siempre ande diciendo mentiras. Todo eso y todo lo demás es su culpa. Y, decir que no le importa sería mentir. Le duele y no sabe qué hacer. A veces, la quiere echar al excusado y jalarle. No es justo que al cariño le respondan con displicencia y grosería. No obstante, lo sigue intentando.

Toca suavemente la puerta. Hijita, buenas noches. Nada. Nati, ¿puedo pasar? No hay respuesta. Toca con un poco de energía y por esas razones que las madres no saben explicar, decide entrar para darle un beso y con suerte, para platicar un poco. Al tocar el bulto que está debajo de las cobijas, descubre los cojines alineados. Eleva la mirada y se da cuenta de que la ventana está abierta. Corre a despertar a Sebastián y a la vez, marca el teléfono de Natalia que, desde luego, no contesta.

Sebastián ya está dormido. Se despierta de mal humor sin entender por qué grita su mujer. Poco a poco cae en la cuenta. Marca al número de Nati y no contesta. Juntos intentan llamarle a Anna y consiguen el mismo resultado. Sebastián habla de castigos ejemplares y le advierte a Inés que de nada valdrá que la trate de defender. Insisten en llamar a Nati y a Anna. Nada. Nada. Y, nada. Es tarde. Es más de media noche. Después de varios intentos fallidos, a Inés se le ocurre llamar a Damaris, ella sí toma la llamada. Les dice que Nati no está con ella, pero que tratará de localizarla. El padre de Damaris se ofrece para ayudar a buscarla, la madre también. Conocen a Nati desde que ella y Damaris eran pequeñas.

Cuando por fin, Anna toma la llamada, le cuenta que estuvieron esperando a Nati y que no llegó, Damaris le explica que ahora sí que la armaron gorda. Sebastián sale en el coche, le pide a Inés que se quede en casa a esperar a Nati, todavía tiene esperanza. Recorre la calle despacio, a vuelta de rueda y con las luces altas. Llega a la parada del autobús. Ahí sigue Don Cleto Cano, el del puesto ambulante de fruta.

—Buenas noches, Don Cleto— Sebastián se aproxima.

—Ya ve, todavía aquí. Se me descompuso la troca y estoy esperando a que me traigan la refacción. Mire la hora que es y acá sigo.

—¿Lleva mucho esperando?

—Desde la seis de la tarde.

—Oiga, ¿vio a Nati, mi hija?

Don Cleto se mira la punta del zapato y aprieta los labios.

—¿La vio o no?

—Yo no quiero problemas, mi jefe. Sí, sí la vi. Iba muy apretadita, muy arregladita. Estuvo sentada aquí, en la parada del autobús. Duró un rato ahí sentada, no sé, tal vez veinte minutos. Luego llegó un carrito, de esos nuevitos, y se subió y se fue con ellos.

—¿Qué carrito? ¿Vio las placas?

—¿Las placas? No, yo estaba acomodando las pencas de plátano en la troca. No las vi. Lo que sí le puedo decir es que ella se subió a un coche verde.



Ivonne González

4. Nada

El evento Miró o un par de cervezas había sido la semana pasada. Inés y Sebastián envejecían por segundos. Anna está castigada por no haber respondido a la mamá de su amiga. Se perdieron horas maravillosas. Anna les jura que no sabe de ningún carro verde y les repite una y otra vez que el plan era ir a la fiesta con Diego, se calló los planes que Nati tenía en la cabeza. Llora y llora.

Damaris no puede dejar de pensar en que Anna fue la de la idea de ir al *Antique Warehouse* y de llenarle de humo la cabeza a Nati. Le resiente que le quitara a su mejor amiga. Nati y ella siempre andaban juntas y no la invitaban. Ya no se divertían juntas y los planes que le proponía, a su amiga le parecieran tan aburridos. La culpa de lo que sucedió. Inés les dijo que encontraron el teléfono de Nati tirado en un basurero al oriente de la ciudad. Es lo único que los policías han logrado encontrar.

Don Cleto Cano sigue vendiendo fruta en su puesto ambulante. Mira a la parada del autobús y ve el cartel que está pegado en el poste, es una imagen de Nati que tiene el título: Se busca. Siente un hoyo en el cuerpo. Se pregunta si debió decirle algo y se contesta que ¿para qué? Ni caso le hubiera hecho.

Los padres de Nati siguen esperando a que alguien les de algún informe del paradero de su hija. Sebastián toma un retrato de Anna y le pide que vuelva, le jura que no la va a castigar. Inés sigue pegando fotografías de su hija por todas partes con la esperanza de que haya alguna persona que les pueda dar algún informe.

Los amigos, los conocidos, los maestros, la gente de la escuela, los del *Antique Warehouse* se preguntan qué podrían hacer para ayudar. Del coche verde, nadie sabe nada.



Ivonne González

La armonía de la luz

Andrea Fischer

Rechazados. Las eminencias académicas del Salón de París no creyeron que su trabajo fuese de suficiente nivel: tenían deficiencias en la definición de los personajes, en el tratamiento de las sombras, en la representación del espacio. «Están mal de la vista» decían. «No saben pintar.» La exposición oficial de la Academia de Bellas Artes, en fin, no encontró gusto en los trabajos de los pintores noveles de 1863. Sería uno de los eventos más lustrosos del siglo; con el auspicio del emperador francés, se esperaba una de las muestras más exquisitas que se habían visto en la capital cultural de Europa —y los impresionistas no dieron el ancho.

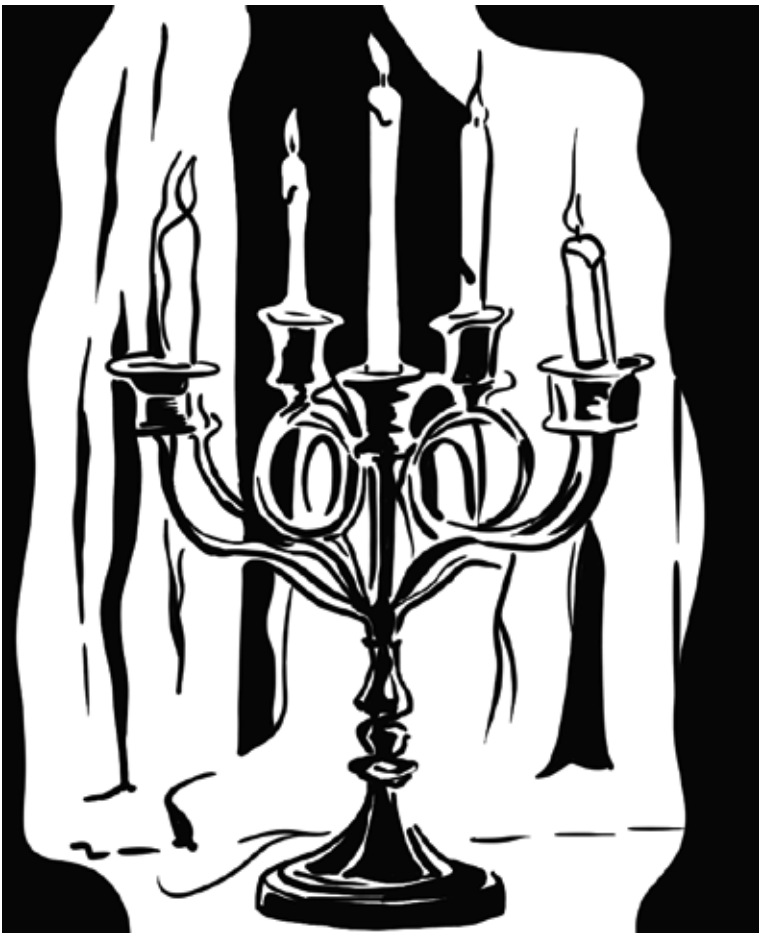
A los ojos de los eruditos más ilustrados de la época, las corrientes nuevas que se gestaban apenas entre las generaciones más jóvenes no estaban a la altura de la selección distinguidísima que se exhibiría en la sala de exposición por excelencia. La situación política del país en el momento permitía concesiones más abundantes para las Artes, y ese tendría que ser el momento para mostrarlo en todo su esplendor. Sin embargo, los filtros rigurosos bajo los que la Academia juzgó las obras participantes fueron, a lo menos, exagerados: el número ridículo de 3000 obras fueron desechadas, y un profundo descontento permeó en la comunidad artística emergente de París.

Uno de ellos fue Edouard Manet. Presentó ante el jurado su obra más reciente, que fue tachada de vulgar y obscena: no podía ser que se representase a una mujer desnuda, sentada sobre el pasto, frente a dos hombres contemporáneos —y mucho menos, enfrentando al público con la mirada. *Déjeuner sur l'Herbe —o Almuerzo campestre,* por su traducción al español— resultó en una mezcla indeseable entre lo pedestre de los nuevos experimentos que se estaban haciendo con el óleo, y lo vulgar de representar libremente la desnudez del cuerpo femenino.

El cuadro de Manet, junto con los otros miles que no fueron aceptados para la exposición, quedó reducido a un intento fallido de realismo que no cumplía con el rigor técnico que la Academia requería y, que además, atentaba contra los valores fundamentales de elegancia de la sociedad francesa. La crítica no lograba concebir cualquier tipo de producción que faltara a sus estándares estrictos, y el descontento inicial de la comunidad artística se convirtió pronto en una serie de protestas públicas que el emperador en turno, Napoleón III, no pudo dejar de lado.

Manet tuvo gran injerencia entre los grupos inconformes. Estaba a favor del cambio, buscando horizontes estéticos y sociales mucho más profundos, no estaba necesariamente de acuerdo con el régimen político de los

Bonaparte y, sobre todo, estaba recalcitrantemente en contra del llamado *Arte oficial:* aquel que la Academia sí aprobaba. Muchos de sus alumnos y seguidores más cercanos no solamente lo escucharon, sino que estuvieron presentes en las numerosas manifestaciones públicas que contradecían el veredicto final de los organizadores de la exposición. Se hicieron tan presentes, tan constantes y tan ruidosas, que llegó un punto en el que el gobierno francés no pudo ignorarlo más y decidió tomar acción al respecto. Ya no se trataba únicamente de un acto artístico, sino que estaba rozando peligrosamente en el ámbito político —y eso no gustó nada.



Mónica Oltra

Debido a la fuerte presencia de la oposición a los supuestos *fallos inapelables* de la Academia —cada vez con más audiencia, cada vez con más voz—, y con la presión añadida de Napoleón III, el Salón de París se vio obligado a abrir una sala anexa a la exposición original. La intención inicial no era, sin lugar a dudas, que fuese el centro del evento, pero la fuerte polémica que alzaron las manifestaciones públicas —así como el poder inextricable del chisme y el morbo— logró que el *Salon de Refusés* se convirtiese en el atractivo principal de la exposición parisina.

Como resulta natural, se trató de matizar el fracaso —y la profunda humillación— que la Academia había sufrido anunciando la sala anexa como solamente eso: un detalle adicional que enriquecería lo que realmente valía la pena apreciar. Sin embargo, la primera edición del *Salon de Refusés* fue el centro de la atención de todo el mundo. Incluso los críticos más conservadores de la época se aparecieron por ahí; algunos con recelo, otros por no manchar su nombre en el medio, y un número considerable por verdadero interés.

Todos los que consideramos hoy como los grandes maestros del impresionismo tuvieron un espacio en la sala de los rechazados: Pisarro, McNeill Whistler, Corot, e incluso los primeros destellos de Monet vieron sus obras más recientes colgadas ahí, ante los ojos de las grandes audiencias del arte europeo. Gracias a la notable aceptación que esta selección alternativa tuvo, la crítica finalmente desistió en sus intentos puristas, y reconoció a la creciente vanguardia como un movimiento con, por lo menos, presencia en su contemporaneidad.

Como es natural, las siguientes ediciones de esta misma exposición quisieron integrar nuevamente el *Salon de Refusés* como una parte más de la muestra. Sin embargo, los impresionistas más comprometidos con el sentido original del movimiento —es decir: la inconformidad ante la rigurosidad ridícula de la Academia, la intención experimental de apuntar a nuevos horizontes estéticos, etc.— vieron esto como una versión desvirtuada de la victoria inicial sobre los estándares conservadores. Era, en realidad, una manera de atraer al mismo número de visitantes que en la primera ocasión: un refrito, un fraude —y así no tenía ningún sentido para ellos.

A pesar del carácter divergente de los primeros años del impresionismo, es cierto que el *Salon de Refusés* trajo una luz sobre ellos que no habían podido conseguir por su cuenta. A fin de cuentas, antes de ser expuestos eran considerados como artistas incompletos, insuficientes, incompetentes. El espacio en la exposición de 1863 desdibujó esas líneas absurdas con las que la crítica los había limitado y, a partir de entonces fueron, por lo menos, reconocidos. El tratamiento de la luz fue progresivamente más aceptado como una técnica por sí misma, y no tanto como un intento experimental fallido o el resultado de un realismo mal logrado.

La oleada de aceptación a esta nueva corriente trajo consigo, sin embargo, sentimientos encontrados entre la bohemia: si bien podía entenderse como una desvirtualización del espíritu divergente, también le dio su propio carácter al movimiento. Se empezaron a definir más formalmente los principios y características del impresionismo, y a moldear las bases que sostienen a las que hoy continúan como obras icónicas. La atención se centró, sin duda, en el nuevo tratamiento de la luz: uno que no representase la realidad como es, sino como aparece ante los ojos del artista.

A pesar de todo, Manet no estuvo de acuerdo. Fue un artista que siempre quiso mantener su individualidad, sin ataduras que restringiesen su capacidad creativa. Así fue como decidió desapegarse a «la dictadura de la luz», como él mismo la llamó, y seguir su propio camino estético sin compromisos, sin restricciones técnicas ni estilísticas, y con ese mismo ímpetu innovador con el que presentó *Déjeuner sur l'Herbe* ante los ojos conservadores de hombres que no pueden ver más allá de lo contemporáneo.

Te desconozco

Juan Carlos Padilla

¡Absurdo!
No comprendo por qué te apareces.
A veces ya sé cuándo vas a venir,
llegas,
invariablemente,
cuando el sol irradia en lo alto con brillante fuerza,
tan sólo unos 30 segundos después de percibir calor,
me despeinas,
provocas escalofrío,
me obligas a cerrar los ojos,
me sacas de la realidad.

Otras veces llega sin avisar,
repentina, súbita y constantemente,
me sacudes,
siempre de tres en tres,
fugazmente,
ora silenciosa,
ora escandalosa…

Dicen que solo apareces
cuando se piensa en mí cariñosamente,
en lo que fue,
en lo que es,
en lo que podría ser…
y cuando la gente nos escucha,
suele desearnos ¡salud!
y agradecemos el gesto,
entre lágrimas y mocos…

¡Maldito estornudo!



Alicia Ramírez

Sobre la armonía de las estrellas

Fernando Montoya

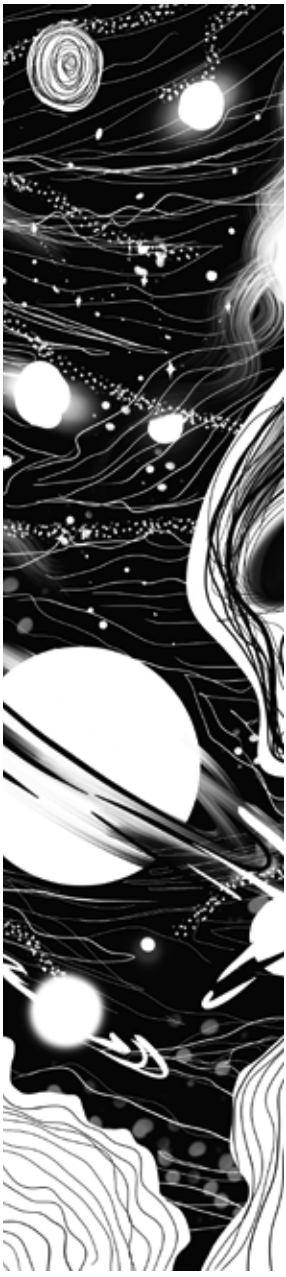
[…] Mira cómo la bóveda del cielo
está densamente tachonada con brillantes pátinas doradas;
hasta el orbe más pequeño que podemos contemplar,
hay un ángel que canta en su movimiento,
haciendo coro a los querubines de infantil mirada.
Esa armonía está en las almas inmortales;
Pero mientras estas fangosas vestiduras de decadencia
la encierren groseramente, no podemos oírla.
William Shakespeare, *El mercader de Venecia*, V. I

Durante siglos, científicos y filósofos han concebido al universo como un sistema o mecanismo matemático, fijo y musical. Pero, ¿qué significa que exista armonía o música en las esferas celestiales? ¿Es posible concebir que las estrellas y los planetas, en su orden cósmico, sean compositores perpetuos de sinfonías y melodías? Sin duda resulta ser una expresión bastante común en poesía, literatura e incluso en música popular, pero, ¿cuál es su significado real?

Quizás, los que estemos muy interesados en tan críptico tema, podemos remitirnos a un comentario del Timeo de Platón, en el que describe cómo el Demiurgo (que es aquella entidad que, sin ser necesariamente creadora divina, es impulsora del universo) forjó el Alma del Mundo dividiéndola en intervalos armónicos. Diversos autores vuelven a esta idea, una y otra vez, aportándole contenido; cada uno según el estilo de su época. Algunos son personajes conocidos en la historia del pensamiento, como Ptolomeo, Kepler o Newton.

A grandes rasgos, todos estos autores comparten aquella intuición fundamental que Platón heredó de la escuela pitagórica: hay algo musical en el cosmos y algo cósmico en la música. La existencia de un vínculo entre música y cosmos presupone una intuición aún más básica, que fue mejor conocida a través de la formulación en *La Tabla Esmeralda* de Hermes Trismegisto: «Lo que está abajo es como lo que está arriba; y lo que está arriba es como lo que está abajo, para realizar los milagros de lo único». Es este el pensamiento de las correspondencias, según el cual cada nivel del ser refleja en su estructura y simbolismo los niveles que están por encima y por debajo de él. Es decir, nuestra armonía musical refleja la armonía cósmica. Hay quienes afirman haber escuchado esta última, aunque solo cuando el mundo material ha quedado atrás, en la visión o en el sueño.

A pesar de que no tengamos el beneficio de tan raras experiencias podemos captar las armonías de las esferas a través del intelecto, la imaginación y la intuición. Al hacerlo, expandimos la mente más allá de la cosmovisión común en que está atrapada la mayor parte de la modernidad: una visión que refleja los miedos y las aspiraciones de la humanidad en una época en que notoriamente se agota un ciclo del mundo u otro nuevo está en proceso de



Mónica Oltra

nacer. Donde en un tiempo se abrían las puertas de los cielos, se encuentran ahora los agujeros negros, dispuestos a devorarlo todo en el olvido. Esta es la visión que muchos tienen de la muerte: la entrada a la extinción permanente de la conciencia. Donde en antaño los ángeles de los planetas conducían sus carros astrales, ahora unas fuerzas sin sentido impulsan a las estrellas y planetas hacia un vacío inexorable. Y el canto o la palabra creadora de Dios se reduce a un *Big Bang* mitológico que ni siquiera los científicos logran comprender.

La armonía de las esferas nos invita a participar de la revolución cosmológica, y a llevar a cabo una revisión completa de la manera en que se ha enseñado a las personas cultas a considerar su entorno cósmico. No nos exige que regresemos a las creencias de la Antigüedad o a las supersticiones de la Edad Media, sino que ingresemos en empatía con las mentes más elevadas de cada época, y hagamos el esfuerzo de reformular sus intuiciones de manera acorde a nuestro tiempo.

Esto puede realizarse en dos direcciones que se corresponden con la doble afirmación de la *Tabla Esmeralda*. Podemos partir de "arriba" y revisar nuestra idea del cosmos a la luz de la armonía que conocemos aquí "abajo". Para los griegos, la palabra kosmos designaba originalmente algo ordenado, decorativo y pulcro. Esto genera que se abra una ventana a una visión muy diferente del cosmos: una visión que lo revelaba como un ornamento divino. Para las civilizaciones antiguas, los cielos aparecían artísticamente dispuestos, regulares y predecibles, amables a los ojos y a la mente. En latín, la palabra mundus, transmite también ecos de limpieza y elegancia, sugiriendo una situación muy diferente a la de nuestro sucio y desordenado planeta. No solo el universo es exactamente como se proyectó, sino que un fenómeno tan hermoso e ingenioso, solo puede ser obra de un artista supremo. Si el cosmos parece hostil a la humanidad, es únicamente por circunstancias específicas, conocidas por la ciencia de la Astrología. Que sea hostil a la vida es absurdo. Pues, ¿dónde sería la vida más viva y la inteligencia más penetrante que

en la atmósfera elevada y sin restricciones de los cielos? ¿Dónde se podría escuchar música más hermosa que la de las esferas y sus ángeles conductores?

Dicho en otras palabras más modernas, esto apoya la hipótesis actual del "diseño inteligente", el cual sostiene que el universo no es un producto del azar, sino que está organizado según principios que de alguna manera se asemejan a la inteligencia humana. Podríamos añadir que el cosmos, desde las galaxias a las partículas subatómicas, está también lleno de belleza; y, por consiguiente, además de nuestra inteligencia, también nuestro sentido estético puede servir como guía para comprender los principios que subyacen a la realidad.

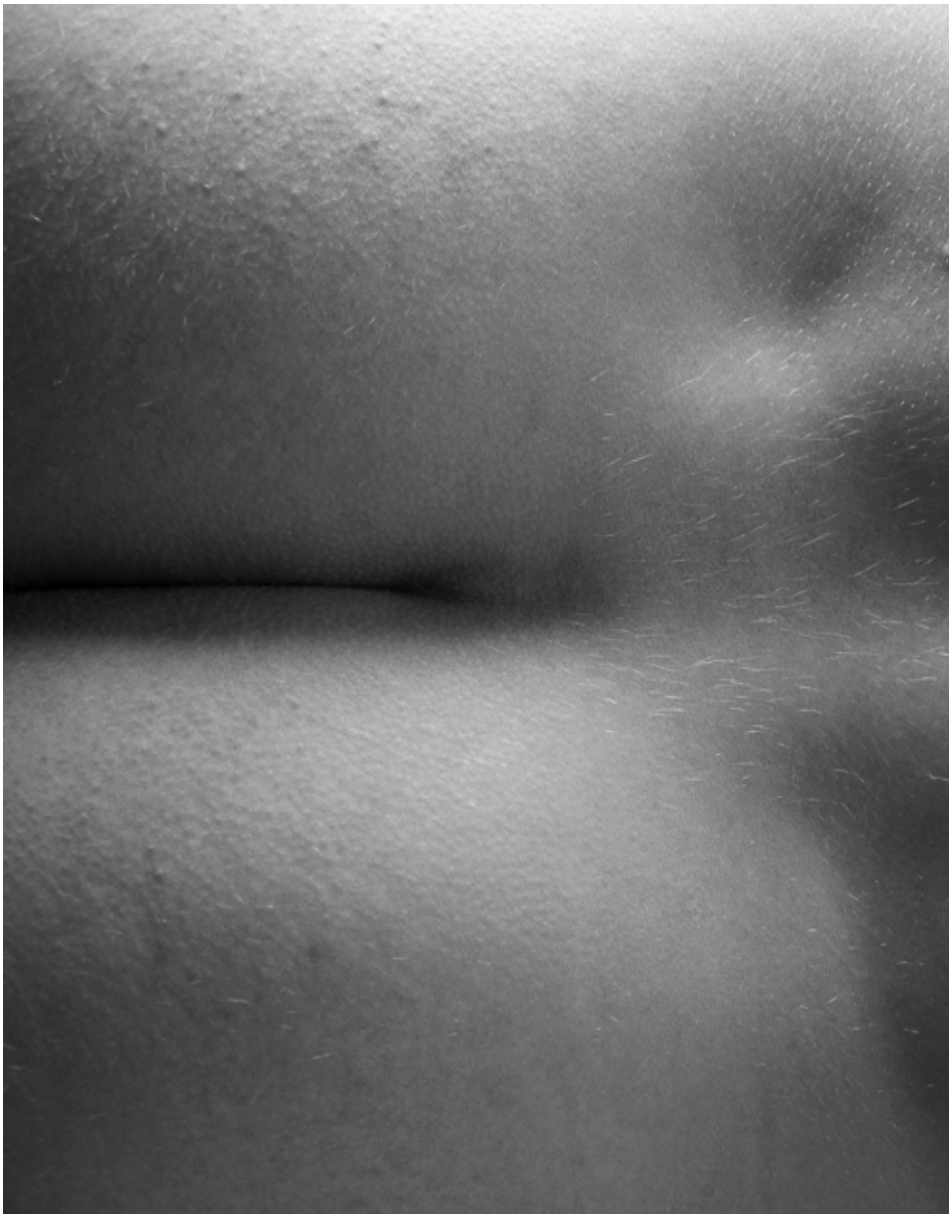
¿Y si miramos para abajo? Entonces es la música terrenal la que proporciona la clave de las armonías superiores. Esta visión reconoce el tono como el reflejo más verdadero de la realidad, y el sentido del oído, más que al ahora dominante sentido de la vista, como el mejor medio para percibir y captar su naturaleza.

Todo amante de la música sabe intuitivamente que esta encarna una cierta verdad, pero pocos llegan hasta el punto de obedecer a esta intuición y buscar la verdad por el camino de la música. Casi todo el mundo acepta que la verdad corresponde a la ciencia, la religión o la filosofía, mientras que las artes, por vitales que sean para una vida humana en plenitud, son sin embargo asuntos de opinión y de mero gusto. Muchos, por el contrario, aceptarían literalmente la afirmación atribuida a Beethoven: «La música es una revelación más elevada que cualquier sabiduría o filosofía». En consecuencia, penetrar en los misterios de la música es prepararse para la iniciación en los misterios del hombre y del cosmos.

El sistema de las correspondencias armónicas supone más que tonos y planetas. Muchos autores lo extienden a las esferas del zodíaco (como Ptolomeo), y, por encima de eso, en el pensamiento cristiano, a los nueve órdenes angélicos (Anselmi y Kircher). La cosmología de la Cábala judía va todavía más allá, hasta las diez *Sephiroth* que explican el proceso por el que nace el universo. El número nueve se repite en las nueves musas (Gafori, Zarlino), patronas de las artes y las ciencias, que obviamente invitan a una interpretación musical. Otros autores que miran hacia "abajo", ven las armonías en la Tierra: en las cuatro estaciones y los cuatro elementos (Jacques de Liège), o bien, en el cuerpo humano (Fludd).

Así considerado, el ser humano es mediador entre los mundos mayores de las estrellas y los ángeles, y el mundo más pequeño de la música real. Aquí radica la explicación del poder de la música sobre el alma y el cuerpo humanos: la música nos conmueve porque, como el cosmos, estamos hechos musicalmente.


¿TE GUSTA LEER?
¡ESTO ES PARA TI!
PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO
¡Revista *Por Escrito* te invita a su nuevo taller!
TALLER DE LECTURA
¿Interesado?
CONTACTO@PORESCRITO.COM





Paisaje 8, DM Sandoval.



Des-humanidades III, Alejandro Avila



WheeL, Alejandro Avila



Sin título, Irina Tall



El MitlaCan, Santiago Hoyos



MSoTP «Void» [iDS] VII, Alejandro Avila


CURSO DE
ANTROPOLOGÍA LITERARIA
Para más información escríbenos:
CONTACTO@PORESCRITO.COM
PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

Bajar las armas

Fernando GP

Hay de dos si empieza a llover. Es un binomio; del aguacero se puede salir mojado o quedarse dentro y a secas. Los que se guardan bajo techo son unos apretados, porque la prudencia cabe en el radio de un paraguas. Entonces, de entre los que salen, que son los sujetos de estudio en esta teoría, están los prudentes y los que van por ahí arrimándose a cualquier improvisación. Estos últimos tampoco participan en este alucín porque de lo que se trata es de contestar a la pregunta: ¿a qué hora es prudente bajar el paraguas? Y no ¿por qué no te llevaste un paraguas?

La respuesta más desinteresada es "cuando deja de llover."

La respuesta más imbécil: "mientras todavía cae agua del cielo."

Si bien se ha mencionado la dualidad del espectro seco-mojado, no puede no recordarse que también uno puede estar medio seco o un poco mojado y ya. Cuando uno no cabe en el paraguas porque está pasado de hombros, o porque se está haciendo el chulo y le ofrece la mitad de su escudo a un prójimo, o porque el prójimo este tiene mucho culo, que es una superficie potencialmente expuesta a interacciones pluviales, o porque el paraguas se lo robo el viento, del francés "se le voló", entonces uno puede quedar bastante seco o empapado; básicamente cualquier aguja en el espectro del "ojalá fuese yo más prudente."

También es oportuno mencionar que cada uno es juez en el caso del fin de la tempestad. Así como nadie va por ahí explicando a los niños a partir de cuantas líneas de cocaína a uno le duele la cabeza, tampoco hay seminarios ni canciones bisilábicas con rimas consonantes que le enseñen a uno cuánta agua le puede caer encima antes de que sea un problema. Son cosas que se intuyen, como los primeros mamíferos el sexo, o cómo utilizar PowerPoint y las impresoras BlueTooth. Uno sabe que bañarse con paraguas es una tontería, y también sabe que el combo paraguas + impermeable no le vale para una visita a la playa en un día de tsunami. Hay que poner atención.

Pero el problema es que poner atención no es un seguro deducible. Si pones atención antes de cruzar la calle, te salvas, pero si pones atención a cómo de rápido va un coche y no te quitas del medio, te mueres, casi siempre. Es todo un casi-siempre.

Casi siempre uno baja el paraguas cuando piensa que ya no es necesario detenerlo como si fuera una bandera de paz a la intemperie. Nadie lo baja porque se le cansó la mano. Es más, por eso tenemos dos —casi todos— para que no nos quedemos desamparados en temporada de huracanes. Entonces casi siempre uno piensa "esa señora de ahí tiene mucho acondicionador en la cabeza y se ve muy tranquila, a lo mejor es hora" pero luego se da cuenta de que esa señora lleva peluca y pues cómo no. "Esa pareja de ahí ya está como

si nada" pero uno no sabe que Pepito y Pepita se conocieron antier y están aferrados a besarse bajo la lluvia. Podría uno considerar "ese calvo ya solo está escurriendo" y no, ese calvo sigue chorreando y se está causando una pulmonía a propósito porque odia su trabajo y su vida entera le parece un artículo de papelería que compró un ejecutivo de una compañía que vende canaletas. Pero a lo mejor la intensidad de la lluvia ya disminuyó lo suficiente como para no matar a un hombre, pero aún es capaz de enfermar a un estudiante que no encuentra otra manera de conseguir un justificante médico para poder quedarse en casa el viernes y así tener un fin de semana largo. Uno no es adivino, ni es genio ni es sacerdote de la lluvia.

Creemos estar armados para enfrentar el mal tiempo, pero luego nos salpica una cuchara cuando la lavamos; después de todo no esperamos que nos caiga agua de abajo para arriba. Entonces la respuesta más prudente, para la gente prudente que no cruza la puerta sin paraguas cuando ve que el cielo que tanto coloreamos en azul está gris y tiene cara de malo; para ellos la respuesta más prudente es: cuando uno está dispuesto a arriesgar el peinado, el culo, y el amor, a cambio de caminar como si nada.



Alicia Ramírez

La ejecución

Fernando Huelgas

Esteban detuvo el auto; era la mejor opción.

Las dos pick-ups negras atravesadas a mitad de la estrecha carretera, sumadas a los ocho encapuchados armados hasta los dientes, no dejaban lugar a dudas. Esteban había escuchado que a veces estaban ahí. Buena o mala suerte, ahí estaban. Los vio de lejos y pensó por un momento en detenerse y dar la vuelta. Le dio más miedo que, si ya lo habían visto (y de seguro así había sido), lo persiguieran y lo cazaran como a un cervatillo cuya única esperanza innata era la velocidad. Pero qué velocidad podía aspirar a tener en su viejo Yaris cuando lo comparaba contra las maquinarias de aquellas camionetotas. No duraría ni cinco minutos en su huida antes de que lo hicieran polvo. Se tuvo que armar de valor para seguir pisando el acelerador hasta que llegó a una distancia prudente. Ante las indicaciones de alto que le hicieron, frenó entonces de manera suave.

Lo rodearon de forma inmediata.

—¡Baja la ventana! —gritó uno.

—¡Abre la puerta! —ordenó otro.

—¡Saca las manos! —añadió un tercero.

—¡Bájate! —vociferó un cuarto.

Ante el alud de peticiones contradictorias, Esteban dudó por un momento. Su instinto de supervivencia le indicó que no debía tardar mucho. Se decidió por la serie de movimientos que parecían más seguros en ese momento y que, por experiencia, sabía que era lo mejor por hacer: levantó los brazos, indicó que abriría la puerta y lo hizo. Sacó los brazos primero y terminó de salir con las manos en alto. Dos de los encapuchados se le acercaron de inmediato. Uno lo forzó a darse la vuelta y el otro empezó a cachearlo.

No traía nada encima. Tras la revisión, se le acercó el hombre más bajo y obeso del grupo.

—¿Pa' 'onde 'ingaos vas? —preguntó con tono autoritario.

—A San Pedro —respondió Esteban, intentando no dejar traslucir el susto que le corría por el cuerpo.

—¿Eres d'ai?

—Nnnno... —dudó por un segundo. Siguió—Voy de visita.

—¿A San Pedro? Nadie va de visita pa'llá.

—Yo si…

—¡Cállate! —le ordenó el gordo. Se dirigió a uno de los del grupo—¡Chapulín!, vigílalo. Si intenta algo, te lo quiebras. ¡Manotas y Güero!, revisen el coche.

Esteban se quedó de pie al lado del que le decían Chapulín. Esteban sudaba. Quizá sus captores pensaron que era por el calor. Él sabía que era por

el miedo con el que luchaba.

Pasaron varios minutos. El sol en su cenit le pegaba de lleno. Esteban seguía sudando copiosamente. Los encapuchados encontraron lo que tenían que encontrar. A eso había ido Esteban hasta ahí, a dejarles aquel bulto como reclamo por lo que habían hecho con la gente del pueblo, con Lina, con los hijos de ella... envenenando a todos, arrancándoles las vidas sin misericordia alguna. Intentaba tragar saliva, pero tenía la boca seca por lo que sabía que estaba por venir. Se formó un pequeño corrillo en el que todos, excepto el que lo vigilaba, se reunieron alrededor del gordo. Quedaba claro que él era el líder. Tras discutir por unos momentos en voz baja algo que Esteban no alcanzó a escuchar, el gordo señaló a dos hombres en el grupo. Cada uno asentía a modo de confirmación, según recibían sus instrucciones. Rompieron el círculo y el gordo se acercó hasta Esteban.

—Eres un malnacido —le dijo con clara rabia en la voz.

No lo dejó contestar y le asestó un golpe en el estómago que lo obligó a doblarse hasta caer al piso. Mientras recuperaba el aliento, Esteban alcanzó a escuchar que el gordo le decía al que lo vigilaba.

—Chapulín, amárralo y súbelo a una de las trocas. Te lo llevas ya sabes a ‘onde. Este ya no va a seguir su viaje.

Pasaron unos segundos y Esteban sintió como unas manos fuertes lo tomaban y lo levantaban. A empujones el Chapulín lo llevó hasta una de las pick-ups. Le amarró las manos y lo ayudó a subir a la batea. Fue una operación penosa pues no podía apoyarse para subir. Terminó por rodarse y se quedó tendido al lado de una pala que estaba llena de tierra. Escuchó como la portezuela de la batea se cerró y tras unos instantes un portazo y la puesta en marcha del motor.

Mientras avanzaban, Esteban logró arrastrarse y se sentó recargándose en la cabina de la pick-up. Veía como la carretera iba quedando atrás. La otra pick-up, el grupo de hombres y su auto se volvían cada vez más pequeños. El corazón le latía a gran velocidad. Estaba hecho. Decidió ir por esa ruta, día y hora hasta San Pedro y ya no había vuelta atrás. Ya era tarde para arrepentirse. Pasó un rato y su miedo transmutó en una sensación más grande y tangible cuando el conductor giró y enfilaron por un camino de terracería que era claro que lo adentraba en un lugar que seguramente terminaría en medio de la nada. Lágrimas silenciosas rodaron por las mejillas de Esteban.

Tras varios minutos —quizá diez, quizá treinta, no importaba ya—, aminoraron la marcha hasta detenerse. Esteban escuchó que la puerta del conductor se abría. No tardó en bajarse la portezuela trasera y vio la cara encapuchada de aquel que conocía por Chapulín.

—Bájate— fue todo lo que dijo. Era una voz joven.

Después de unos trabajosos instantes, Esteban logró bajarse como pudo de la pick-up. Las piernas apenas lo sostenían. Le empezaron a temblar. El Chapulín lo esperaba mientras sostenía una pistola en la mano. Esteban lo miró

por unos momentos y finalmente se percató de que tenía toda la complexión de un chico, quizá rayando apenas los veinte años.

—Vente pa' acá— le ordenó el joven, mientras le apuntaba con una pistola, una 45 que Esteban identificó bien gracias a sus años en el ejército.

Esteban obedeció y al caminar se dio cuenta de que estaban en la orilla de un barranco no muy alto. Había algunos matorrales y nopales abajo que no dejaban distinguir en dónde acababa. Se alcanzaba a percibir un tufo desagradable que emanaba del fondo. No le costó adivinar que era una fosa común. "¡No!" pensó para sí mismo "no quiero que esto acabe así". Le dio la espalda al precipicio y enfrentó a su captor. Se lo topó apuntándole con la pistola. Seguramente si se hubiera tardado un poco más le hubiera disparado por la nuca. Sus ojos se enfrentaron a los del chico, quien parecía sorprendido.

—¡Espera! —exclamó Esteban— Por favor, por favor…

—No me ruegues. Todos lo hacen —dijo con una frialdad inusual el muchacho.

—No... no es eso... —dijo Esteban. Tomó aire y agregó con la mayor entereza que pudo—. Si... si lo vas a hacer, está bien. No me resistiré. Solo te pido que me entierres. No me dejes como alimento de los coyotes y los buitres.

La petición fue inesperada. Normalmente quienes iban a morir lloriqueaban y clamaban por perdón. Al menos eso le habían dicho. Pero este tipo... Era su primero. Le carcomían los nervios. No había querido que se diera cuenta. Pero era claro que el chico dudaba. Esteban lo podía adivinar al ver los ojos que asomaban por el hueco de la capucha.

—Tienes una pala en la camioneta. Yo cavaré. No es un truco. Lo prometo. Solo quiero tener mi tumba.

Pasaron unos instantes que se hicieron eternos. Finalmente, el Chapulín asintió. Se dirigió hasta la pick-up y bajó la pala. Fue hasta la cabina, abrió la puerta y sacó algo que Esteban no alcanzó a ver qué era. Regresó y lanzó la pala a los pies de Esteban. Se mantuvo a distancia, apuntándole.

—Hazlo rápido que tengo que regresar —fue todo lo que dijo.

Esteban asintió, desesperanzado, y empezó a cavar. El muchacho colocó en sus labios el cigarrillo que había ido a buscar a la pick-up y lo encendió. Por el olor, pronto quedó claro que era un porro. El ruido de la pala contra la tierra y, ocasionalmente, el viento del desierto se escucharon por un buen rato. Esa escena de película del oeste fue abruptamente interrumpida por el sonido de la nariz del chico que inhalaba algo que Esteban solo podía imaginar lo que era.

—¡Date prisa! —exclamó Chapulín, con un tono autoritario que se volvió cavernoso, como si viniera de muy lejos. El chico comenzó a reír sin control. Esteban se mantenía concentrado, cavando.

Tras unos minutos, el hueco era lo suficientemente profundo y ancho como para que un hombre de buen tamaño cupiera en él. Esteban soltó la pala

y se colocó de nuevo frente al Chapulín. A través de los huecos de la capucha, Esteban pudo verle los ojos. Estaban rojos, inquietos, se movían de lado a lado. Parecían querer enfocarlo sin lograrlo. Era claro que el efecto de la yerba y de lo que fuera que el muchacho hubiera mezclado, tenía conquistado el cerebro de aquel chico. No era bueno mezclar. Hasta Esteban lo sabía.

—¡Vamos! — soltó Esteban, más en tono de orden que de petición—. Vamos que estoy listo. No me hagas esperar.

—¡Aaaaah... jijo...! —balbuceó el chico. Las palabras se arrastraban. Una sonrisa extraña apareció en su boca— El jefe tiene prisa…

Quién sabe qué cosa se habría metido, pero el pobre muchacho apenas podía sostener la pistola. Respiraba trabajosamente. Los ojos se le iban. Parecían mirar a todos lados y a ninguno. Esteban estaba claro que no lo miraban a él.

—¡Vamos, carajo! —gritó, molesto, Esteban. Abrió los brazos y se aseguró de estar al frente de la tumba que había cavado—. Ya mátame. ¡Déjate de idioteces!



Isabela Encinas

El chico intentó fijar la mirada. Solamente esos ojos perdidos que asomaban por el hueco de la capucha eran todo lo que confirmaban que aún estaba ahí adentro. Levantó trabajosamente la pistola, la amartilló, apuntó... y cuando jalaba el gatillo el arma resbaló de sus manos, fue a dar sobre una roca a los pies del chico y ¡pum!, sonó un disparo.

Esteban por reflejo se había tapado la cara con los brazos. Cuando los bajó y comprobó que estaba bien, pudo ver que el chico convulsionaba violentamente en el piso. Se acercó no muy lento, pero tampoco muy rápido. Le dio tiempo de ver la pistola tirada, el brazo del chico al lado de ella, los espasmos del cuerpo, la sangre que se mezclaba con la arena del desierto y formaba un lodo opaco y oscuro. Distinguió el hueco milagroso que se abría en la capucha del chico y que seguramente seguía hacia la frente y lo que hubiera quedado detrás. Una mezcla de alivio y enojo surgieron en las entrañas de Esteban.

Quería morir.

Ese día quería morir. De verdad.

Es lo que había ido a hacer.

Pero un regalo del destino, un presente de esa fuerza irónica e invisible que jugaba con él de manera constante, le dejaba claro que no era el día.

No ese.

Tendría que esperar.

Esteban soltó un suspiro profundo, reflexionando unos momentos mientras el alma del chico se desvanecía del cuerpo que yacía ante él. Las mismas sustancias que habían puesto a Esteban en este camino de venganza cerraban el ciclo al liberarlo de su ejecutor. La vida sí que sabía burlarse. Cuando todo estuvo en silencio, lo arrastró hasta el sepulcro que había cavado. Buscó en las bolsas del pantalón de aquel miserable las llaves de la pick-up. Lo metió en el hueco que originalmente era para él. Lo tapó con tierra. Mientras lo hacía, lloró por el chico. Lo hizo de forma sincera, dolida. Cuando hubo terminado, realizó una breve oración, o algo que se le parecía. Hacía mucho que no rezaba.

Tras volver a respirar hondo, Esteban regresó a la camioneta. Llevaba la pala en la mano. En el camino recogió la pistola. Quién sabe, quizá la necesitaría. Se montó en la pick-up. Esteban arrancó y se puso en marcha hacia San Patricio, el pueblo del que originalmente había salido. Tomaría el descampado y botaría la troca en algún lugar. Se perdería en el pueblo y, quién sabe, quizá hasta regresaría a la capital. Allí esperaría. Estaba claro que el destino le decía que debía seguir. Sin embargo, sabía que le tocaría. Así, como le había sucedido a los hijos de Lina y a muchos de los del pueblo. Así como él le había hecho al distribuidor en el pueblo y que había dejado como bulto atrás en su Yaris. Así como le acababa de suceder al Chapulín.

Todo en una cadena sin fin.

Algún día le tocaría morir.

La sonrisa de Berenice

Itzayana San Germán Ceceña

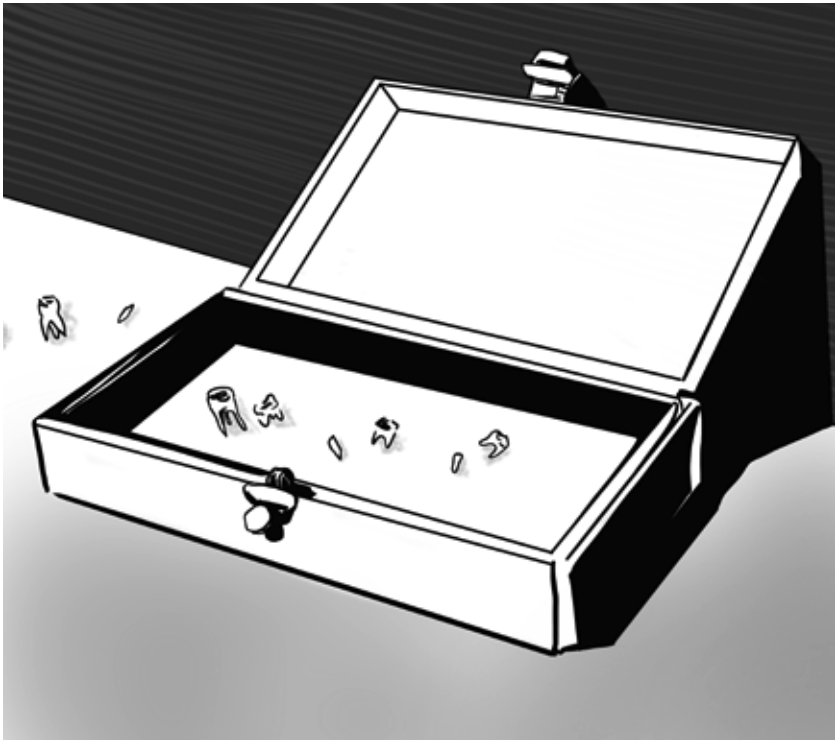
Los párpados me pesaban sobre los ojos; mis piernas, brazos y torso pesaban; la oscuridad me hundía, me abrazaba. Ella y yo ya éramos amigas, me visitaba constantemente y casi siempre tocaba la puerta primero, me hacía temblar, pero su compañía me hacía bien, y por momentos era lo único que tenía. Su visita se terminó y la vi abrirse paso y caminar hacia lugares que nunca conoceré, noté algo distinto y es que no sé si era su última visita, pero se llevó consigo lo único que genuinamente compartimos, se alejó con mi felicidad en una caja.

Había nubes apretando mi cara, rayos quemando mis encías y truenos frustrados en el fondo de mi garganta. Mi desesperación me traicionó y con el desgarrar de mi voz les avisé que seguía viva. Vi las luces encenderse a lo lejos y sabía que me harían regresar a esa casa, me harían volver a él, a ese ser del que ni mi mente ni corazón supieron nunca que encontrar y mucho menos que buscar. Venciendo a mi cuerpo inestable, seguí el camino de las huellas que se llevaron esa bella caja con mis treinta y dos más preciadas memorias. Esa constelación única de Berenice, de mí, mi ser viva y lo único que podía permanecer conmigo también en la muerte, en la paz. La paz que por fín me tomaba como residente y me dejaba mudarme de esa mansión en la que nunca lució. Esa constelación que solo con ella, con mi fiel oscuridad, podría por fin brillar por completo.

Mi ser había sido consumido ante los ojos que me rodeaban, pero nunca para ella, porque su esencia solo buscaba mi sonrisa. Descubrí mi raíz en ese brillo blanco, esas pequeñas piezas de mi ser que me susurraron que ella era yo. Fue él, lo supe en ese instante. Tanto le atormentaba como se consumía mi cuerpo a su lado que debía de quedarse con lo más inmarcesible de mí, debía quedarse conmigo en belleza perfecta, como lo planeó desde un inicio. Se enamoró de una sonrisa que no supo mantener, lo cautivó un brillo que enloqueció por esconder, porque no fuera de nadie más que de él y así lo desapareció.

El reclamo constante terminó por cortar mi respiración esa noche, me tomaste tuya hasta que la muerte llegara algún día, pero preferiste llamarla antes, dejaste de esperar y me llevaste con ella, o al menos lo intentaste. Mataste un cuerpo cuya alma habías agotado hace años. Pensarme enterrada te hizo pensarme como mía, de la tierra y de la oscuridad. Tú ya no figurabas y eso te parecía impensable, un día te llevaste mi voluntad de sonreir y la quisiste reclamar, desenterraste mi descanso para arrebatarme por última vez, lo primero que se desapareció tras el amor que un día nos juramos. Debía ir a reclamar lo mío, solo su posesión podría restaurar mi descanso.

Entré al lugar de mi último cautiverio, en búsqueda de lo que me fue arrebatado. Pasé la puerta de la habitación donde se encontraba él, miré al piso y ahí estaba la caja, tirada, abierta y con mi sonrisa esparcida por toda la alfombra escarlata. Sin cuidado de si mi presencia les parecía real o fantasmal, recogí cada parte de mí y la coloqué entre mis labios para que me volvieran a pertenecer. Me alejé para regresar a la caja de mi descanso, tomé la mano de mi oscuridad y Berenice volvió a brillar.



Mónica Oltra

Sin título

Flavio Borquez

El sótano de mi vecina guarda hileras de cuerpos, cada uno es cuidadosamente asignado a su propio hoyo entre tersas diagonales que recubren las losas de sus muros laterales. Aquella matriz discrimina de forma mortífera de acuerdo con denominación de origen, color, fermentación… criterios minuciosamente estudiados en cada ocasión de la llegada de un nuevo espécimen. En aquel arca donde no penetra el sol remonta un vaho frío al tacto, resaltan purpúreos delirios al iris a través de la tez casi musgosa de la piedra apilada, una piedra que reposa bajo el peso de un siglo de silencio y polvo, interrumpida sólo ocasionalmente por sus cuidadores. Un gato de bigotes largos se yergue al final de las hileras, su cabeza adornada por un halo rojo que invoca las palabras *"Montjoye Montmartre",* su mirada perenne resguardando un tesoro líquido y perecedero. En la ausencia de su comensalía, el silencio es delicadamente devorado por un gentil rugir de la tierra, una resonancia imperceptible por la conciencia encarnada y su noción, un suave ronroneo infinito que consume ese tiempo y ese espacio. Un cabo de vela irradia su áurea corona a los pies del cartel, su luz acaricia estómagos vítreos cubiertos por un frágil velo de corpúsculos errantes. Interpretan su danza alegre con cada ocasión de apertura de la compuerta que sella aquel lugar, incitados por la borrasca del mundo exterior, sus elementos y su emisaria.

El sueño etílico de la uva se interrumpe en noches de soledad acompañada por aquella vorágine de llanto y risa de almas imberbes. Conspiran en su esfuerzo colectivo hacia el olvido momentáneo de su grandeza y su pequeñez en igual medida, celebran su demencia a través de la negación de su muerte: la misma muerte que les sonríe en sus mañanas resacadas. En una de tales mañanas, el cuerpo socavado de Anaïs descansa supino entre la vid, se engendra en la tierra y entre raíces. Echa a correr el tiempo desmedidamente en un suspiro. Por fin entendí que ese tono carmesí que infunde las imágenes de sus noches es el mismo que tiñe el suelo ardiente del campo labrado por sus manos, aquella promesa inasible de un pueblo despojado de su más triste visión.



Ivonne González

El diario africano de una gemela

Marcelo Sánchez

Hubo un tiempo en que todos en Qnr —tal es el nombre de mi planeta—tuvieron un gran interés por el conocimiento humano. Todavía era ese el caso cuando los medios hicieron eco de mi tesis doctoral, con titulares sensacionalistas (que sin duda me halagaron) del tipo: "Estudiante resuelve último misterio de vida extraqnriana". Mi triunfo académico me granjeó una plaza de profesor en la Facultad de Ciencias Terráqueas, de la cual pocos años después me convertí en Decano, cargo que aún me honra.

En la actualidad, reina en cambio el más completo desinterés por la Tierra. Solo parece interesarme seriamente a mí el insólito legado de las civilizaciones humanas. A veces vuelvo la vista atrás, a mis años de estudiante, para recordar el ardor con que tantos muchachos acogimos los "estudios del hombre". Y eso que en aquel tiempo las circunstancias que rodeaban a nuestra Facultad distaban mucho de ser las ideales.

Durante siglos, reflejando mayormente preocupaciones domésticas, nuestros académicos habían identificado tres áreas principales de investigación sobre la Tierra: a) libros sacros y clásicos; b) cultura material; y c) cadáveres humanos. Estas tres áreas se conectaban ya que, para el examen de la cultura material y de los cadáveres humanos, los especialistas solo contaban con fuentes escritas. Cuando empecé a cursar la Licenciatura en Ciencias Terráqueas era vox populi que estas enfrentaban una seria crisis de identidad. Además del estancamiento y los lugares comunes en que se debatían las disciplinas en cuestión, desde hacía décadas venían acumulándose anomalías vergonzosas. Por si esto fuera poco, los profesores más influyentes estaban enfrascados en rencillas de orden personal.



Isabela Encinas

A mí los textos humanos más célebres me aburrían bastante. Prefería las crónicas intimistas, pese a que, al haber sido desdeñadas por académicos de fuste, no era claro lo que ellas querían decir. El consenso parecía ser que los textos intimistas disponibles no contenían la clave de los enigmas terrestres. Cuando concluía mis cursos de doctorado, una expedición de la facultad a las

montañas más remotas de África exhumó muchos textos intimistas, todos ellos en castellano. Por suerte, yo conocía la lengua de Cervantes, gracias a cursos tomados en la Academia de Lenguas "Tercero desde el Sol". Mi supervisor de tesis aprobó mi plan de inquirir tres cuadernos traídos por la expedición africana.

Tomados al pie de la letra, estos cuadernos serían el diario (¿ficcional?) de una joven de Ecuador, natural de un pueblo costero del océano Pacífico. Mi investigación se centró en el aspecto más afectivo del diario: las peleas continuas de la joven con su hermana gemela. Mi supervisor, especialista en Fisiología Orgánica Humana, me explicó que los gemelos comparten la placenta (y, llegado el caso, hasta el saco amniótico) durante la gestación intrauterina. De allí que un gemelo pueda verse sometido a una gran tensión entre su identidad y la del otro vástago. El diario abunda en episodios en que las gemelas se enfrentan, llegando incluso a la violencia física, para luego reconciliarse. Reconciliaciones que bien pueden terminar con las hermanas fundiéndose en un fuerte abrazo; y de llorar una, la otra la consuela.

Al final del diario la heroína se resuelve a matar a su hermana con sus propias manos, asfixiándola por estrangulamiento. Los resultados de la datación no dejaban dudas: los tres cuadernos eran la evidencia más reciente de vida humana. Mi contribución fue desarrollar la hipótesis siguiente: quien escribió el diario africano fue el último ser pensante que pisó la Tierra. Estrangular a la gemela marcó el suicidio de la raza humana. Una raza que siempre consistió en un solo ser humano, el mismo hombre o la misma mujer. Y que concibió una historia universal, pletórica de mujeres y hombres que forjaron grandes civilizaciones. Una frondosa imaginación, tal fue el factor saliente de la realidad humana.

No sabemos a ciencia cierta por qué medios materiales logró esa persona volcar sus ideas en papel. No lo sabemos más allá de lo que leemos en los textos terrestres, que continúan siendo la única fuente de información sobre varios aspectos básicos de la vida humana, como la generación o la manutención. En reacción inmediata a mi tesis doctoral, un profesor de filosofía humana, apoyándose en fuentes solipsistas de la Tierra, abonó mi conclusión de un único ser en toda la historia de aquel planeta. Propuso, sin embargo, que los escritos terrestres apenas si serían hologramas residuales de una mente desaparecida. Según tal hipótesis, los objetos exhumados en la Tierra que ornan las vitrinas de nuestros museos no tendrían más existencia real que las momias egipcias, la Cúpula de la Roca, los rascacielos de Manhattan y demás cosas que mencionan esos textos y que inútilmente buscaron nuestras misiones arqueológicas.

En mi respuesta a la crítica anterior, argumenté que, para un qrnícola, los textos humanos son reales y que postular su existencia puramente imaginaria implicaría extender el solipsismo a Qnr. Mi argumento bastó para rebatir en

forma absoluta la hipótesis de cuño filosófico arriba enunciada.

Actualmente, la investigación de nuestra facultad se centra en las causas que movieron a la humanidad a dejarnos sus inquietudes por escrito. Este examen psicológico procurará echar luz sobre las otras formas de vida que se conocen.

Posdata. Además de transcribir fielmente el núcleo del mensaje anterior, y según también se me ha encomendado, ofrezco a continuación unas primeras impresiones. El mensaje debe de haber sido emitido, a través del espacio exterior, desde el ignoto planeta Qnr, o desde alguna de sus estaciones o naves intergalácticas. Una hipótesis conservadora es que se trata de un plan para hacernos salir a la superficie terrestre, con la idea de conocernos mejor o de abducir ejemplares. Esto tendría sentido si, por alguna razón, ellos no tuvieran acceso a nuestra existencia subterránea, o si temieran lo que podrían encontrar si penetraran. Tampoco podemos descartar que se nos haya expuesto a una radiación singular, y que bajo su influjo se haya registrado el mensaje: este sería una mera proyección de nuestras propias inquietudes, o de nuestra nostalgia por un tiempo legendario en que nos paseábamos libremente por la superficie donde desarrollamos nuestra cultura. El mensaje, desde tal perspectiva, no sería menos terrestre que qnrícola, y permitiría explicar, como una argucia que solo busca sembrar la confusión, ese coqueteo con el solipsismo.



Isabela Encinas

El funeral

Roberto Antonio Remedi

Día de verano de 1979. Estoy en casa de tía Coca. Ya hemos almorzado. En este momento los adultos se marchan a descansar. Necesitan recuperar fuerzas para seguir con la faena por la tarde. Los primos, mi hermana y yo decidimos buscar un lugar bajo la sombra, en la arboleda contigua al patio trasero. Mara y Fabi son las mayores del grupo. Suelen recogernos a mi hermana y a mí cuando quieren divertirse. Somos los primos más pequeños, además de sus monigotes. Griselda tiene seis años y yo cuatro. Sin perder tiempo, la tropa se hace de una manta y el aparato de radio. Todo está listo para salir. El sol quema. El pelotón atraviesa el patio corriendo para no calcinarse los pies. Ahora estamos tumbados debajo de las moras en flor. Las abejas merodean buscando néctar. No se molestan porque somos una visita frecuente. Mara enciende la radio. Mueve bruscamente el dial en busca de algo emocionante: "Cuarenta y cinco grados, la temperatura…", "Las fuerzas armadas…", "La inflación superó este mes el…", "Radio Nacional le da la hora...". No encuentra nada que le apetezca:

—¡Qué porquería!— Mara se fastidia y sigue con la búsqueda echando maldiciones. El dial enloquece mientras el aparato se atraganta con las voces cortadas que se superponen una tras otra. La paciencia no es una de sus virtudes. Tiene 13 años, es robusta, ocurrente y le gusta mandar. En este momento Raffaella Carrá suena por los parlantes: "Cero tres, cero tres, cuatro, cinco, seis…".

—"Nana nana na na, naná..."—Mara por fin queda satisfecha. Pero el resto del grupo está algo apático. Se hunde poco a poco en el aburrimiento. La aldea es muy pequeña. No hay mucho entretenimiento. Empujada por la situación, la anfitriona suelta una propuesta:

— ¡Juguemos al funeral!
— ¿Qué?
— ¡Buena idea!
— ¿Pero quién quiere ser el cadáver?
— Yo no.
— Tampoco.
— ¡Ni muerto!

En el pueblo los decesos son tan importantes como los nacimientos. Dado que no existe hospital ni sala velatoria, la gente arriba y deja el planeta en la propia casa. La muerte de alguien afecta a todos. El vecindario completo acude a acompañar a la familia que ha perdido uno de sus miembros: padres, madres, hijos, gatos y perros. Pero, a pesar de estar en un lugar cálido y familiar, propicio para una partida, en este preciso momento ningún integrante de la

tropa está dispuesto a entregar el pellejo, aunque sea un juego.

—¡No morirá nadie! ¡Buscaré mi muñeca! —De repente el pánico desaparece y todos se animan. Los niños deben hacerse de un banco para poner el ataúd. Las niñas tienen que buscar algunas flores— ¡Ya vuelvo!

Mara distribuye las tareas y cada cual va a lo suyo. Fabi, por Fabiana, nació tres años después que Mara. No es tan ocurrente como su hermana, pero se trepa a las moras para cortar unas ramas. Griselda recoge las flores que han caído al suelo y prepara las ofrendas cuidadosamente. Enzo y yo nos dirigimos al galpón donde van a parar los trastos viejos. Él acaba de cumplir siete años, es menudo y silencioso. Señala el lugar donde se encuentra el banco. Arrastramos el taburete hasta ubicarlo bajo la sombra. Hay que sacudir el polvo y quitar telarañas. Justo en este momento se abre la puerta trasera de la casa. En el umbral aparece una señora con gafas de carey y cristales verde oscuro, más pañuelo negro en la cabeza. Sostiene una bolsa de almacén con la mano derecha y una caja de zapatos con la izquierda.

—¿Quién es? —pregunto confundido.

—Es Mara…

— ¡Oh, no la reconocí! ¡Ha envejecido!

—Se ha puesto las gafas de padre. ¡Chicho la matará!

—¿Tendremos otro funeral?

—No lo sé.

—¿Y ahora dónde va?

—Tampoco lo sé.

La señora de las gafas avanza saliéndose del camino. El elevado aumento de los cristales la marea, pierde el equilibrio y se desorienta. Fabi sale a su encuentro para conducirla hacia el lugar donde se oficiará el responso. La señora de las gafas se acerca despacio al banco. Coloca allí la caja de zapatos y quita la tapa. Adentro yace Martita, un trozo de plástico que no llega a ser muñeca: le faltan los dos miembros inferiores, un brazo y la mitad de la cabellera negra.

—Apaguen la radio, por favor…

Cuando alguien muere en el pueblo se guarda luto severo en



Ivonne González

la casa de los dolientes. Está terminantemente prohibido escuchar radio o ver televisión durante los tres primeros días de duelo. Griselda acata la orden y el grupo se reúne alrededor del ataúd. Solo se escucha el zumbido de las abejas y el trino de los pájaros. La señora de las gafas introduce la mano en su bolso y saca una botella de Coca-cola, caramelos y chocolates. Coloca el refrigerio en un extremo del taburete. Mi panza comienza a hacer cosquillas. No puedo resistir más. Me abalanzo sobre los chocolates.

—¡No! —Recibo un manotazo por el atrevimiento— ¡Todavía no!

—Lo siento.

Las abejas, un poco inquietas, han decidido participar activamente de la reunión. Con preocupación, Enzo coge una rama y dispersa a las intrusas. La abeja más osada se posa en el ataúd. Furioso, Enzo intenta cazarla con un golpe violento. El ataúd vuela por los aires un metro y con ella la muñeca. Como si su existencia no hubiera sido de por sí bastante desgraciada, Marta acaba perdiendo su único brazo. Enzo coloca el cuerpo de nuevo en la caja y todo sigue como si nada hubiera pasado. Cada uno se encuentra sumido en su propio dolor. Pero el drama recrudece. La señora de las gafas oscuras coge un pañuelo del bolso y limpia su nariz con ahínco. Luego introduce el pañuelo por debajo de las gafas simulando secar sus lágrimas. Fabi, Griselda y Enzo la acompañan en el llanto. Las expresiones de dolor aumentan en volumen. La situación no puede ser más triste. De pronto la angustia me invade. Un enorme nudo aprisiona con fuerza mi garganta. Resisto como puedo, pero al final rompo en llanto sincero. No encuentro consuelo al ver que la muñeca ha muerto. Mientras la aflicción invade a todos una voz de trueno estremece y asusta.

—¡Qué está pasando! ¿Quién llora? —El barullo ha despertado al tío de su siesta y se ve muy molesto.

—¡Pero estamos jugando al funeral, papá! ¡Tenemos que llorar! —Mara quita las gafas de su rostro y las guarda en su bolsa de almacén, por temor a que tío Chico se de cuenta.

— ¿Acaso se volvieron locos? ¿No encontraron otro juego? ¡Todos dentro de la casa!

—Pero papá...

—¡Ahora mismo! —Como el tío es inspector de policía no queda otra opción que hacer caso.

—Uffff… —Mara se resigna mientras la tropa comienza a desarmar el escenario del funeral, entre llantos y cuchicheos.

—Quiero irme a casa… —Apenas puedo hablar entre sollozos.

—Así no te irás a tu casa, primero dormirás la siesta y luego tomarás la merienda.

—¡Pero faltaba comer los chocolates!

—Igual podrás comer chocolates.
—¿Tomaremos gaseosa también?
—Seguro.
—Me gusta mucho la gaseosa... ¿Y podremos repetir?
—Podrán repetir.
—Tío
—¿Sí?
—Ya no quiero irme a casa.
—Te quedarás con los primos, entonces.
—¡Pero no jugaremos al funeral! Es muy, muy, muy triste.
—Ya no habrá más funerales, lo prometo.



Ivonne González

Cuando te llevó el dolor

Mariana Hernández

Nunca sabremos si fue eso lo que se lo llevó o si fue simplemente algo natural. Yo creo que fue el dolor. La última vez que lo vi, parecía estar bien, al menos eso me dijo cuando le pregunté: «estoy bien». Recuerdo que sonreí, sonrió, me fui, se fue y todo por el maldito dolor.

No me malinterpreten, siempre tuvo una buena vida: una buena escuela, una buena familia, comida en la mesa; todas esas cosas que dicen son suficientes para ser agradecidos. Él tenía, por resumirlo, pocas probabilidades de irse y, aun así, el dolor se lo llevó. Pero, no me hagan mucho caso, apenas sé que es el dolor. Hace poco me encontré divagando sobre la belleza, si la conocíamos o solo fingimos conocerla, descubrir que nos encontramos en la segunda, eso me dolió, pero no me fui, yo no.

Supongo que no era suficiente dolor, hace dos años que estoy aquí, en las mismas cuatro paredes, en realidad, unas cuantas más, si cuentas las de la cocina y el baño, pero el mismo techo, supongo. Dos años tratando de descubrir el significado del dolor. Entendiendo por qué las despedidas no son todas iguales, por qué no todas las lágrimas se sienten igual, sí todas saben a sal, pero aún no sé nada de dolor. Desearía estar más cerca de como inicié, pero creo que estoy más lejos, ahora dudo de que en realidad conozca el dolor. Cuando cumplí veintitrés años me prometí hacer algo mejor de mi vida, una mejor hija, hermana, una mejor mujer. Pero en el trayecto descubrí que un grito ahogado dolía tanto como uno sonoro, aunque de alguna manera en el primero había intimidad, un dolor que se podía tragar.



Mónica Oltra

Supongo que él se ahogó de tanto tragar, él que se fue, él que me dijo que estaba bien y después se fue. Tres días llorando, con pausas, para comer, para ir al baño e incluso para reír, porque a pesar de todo, nada me parecía tan gracioso como la autocompasión. ¿Pero, podré seguir hablando de mí? o ¿es que

ya empecé a hablar de él? Pero ¿quién soy para hablar de dolor? Sí, me dolió perderte, me dolió en cada centímetro de mi piel, en mis uñas, en mi boca, en mis pies, en mi pecho, en mi respiración, el dolor del amor.

Supongo que ese es el peor, porque nadie sabe en dónde duele, pero todos saben cómo duele. Un dolor que podría ser confundido con cólera o con una razón suficiente para irte. Hay evidencia de que la gente se muere por tristeza, pero aun así no entiendo ¿qué es el dolor? y si hay una diferencia con la tristeza, si ¿te duele la tristeza? o ¿es la tristeza un efecto del dolor? Aunque no sepa lo que es el dolor, estoy segura de que el dolor tiene nombre, porque el mío lo tiene, miedo, puede ser, pero también tiene otro nombre, ausencia, y tal vez un apellido, nostalgia.

El miedo se lo llevó, el miedo de seguir y que su vida no mejorara, el miedo de comprobar que él era el problema, porque al final eso había sentido. Ausencia, una silla vacía, un cuarto que sigue igual, hecho casi un templo, pero también ausencia de respuestas, nadie sabía ¿Cómo? ¿Cuándo?, ¿Dónde? o ¿Por qué?, o si había un por qué legítimo… pero sabemos que se fue.

Y nostalgia, por ese mismo cuarto, que no estaba vacío y aunque nada ha salido, ahora está vacío. Nostalgia por esas comidas en las que se podía hablar de todo, ahora casi no se habla, ¿de qué se habla? de ti no, de ti, nunca.

¿En dónde estás?, ¿te fuiste?, ¿te llevaron? al final, ¿es cierto que te llevó la tristeza? o ¿fue el dolor?, ¿descubriste si eran diferentes? Maldita sea, si te dijera que, de haberte quedado, podríamos haber visto nuevos ojos, que las risas apenas las estábamos conociendo. Si te hubiera dicho que, de haberte quedado, las cosas mejorarían, no rápido, tampoco te hubiera mentido, pero estoy segura de que hubieran mejorado, porque mejoraron.

Si te hubiera dicho que, de haberte quedado, volverías a estar solo, pero ya te importaría menos. Te mantendrías en esas cuatro paredes, pero porque se volvieron holgadas desde que dejaron de ser el límite.

Hubieras viajado a más lugares de los que creerías, y sí, probablemente te hubieran vuelto a lastimar, con lo seguro que eras, el mundo te comería otra vez. Pero, te hubiera dicho que esa noche cuando la tristeza vestida de dolor, te lastimó, o cuando el dolor en su disfraz de tristeza te desdibujó, esa noche ahora parecería tan lejana. Aún lloro cuando lo recuerdo, la noche, esa inmensa pena, el sentimiento de perderme.

Escribo como si fueras a leerlo, casi parece que te puedo detener, que podría llamarte y esperar porqué siempre te tardaste en contestar, tal vez por eso nadie se preocupó esa noche. Cuando decidiste arrebatarte el aire que respirabas, cuando decidiste irte y que te llevara el dolor.

¿Qué de todo fue la gota? Esa que dicen derrama el vaso. Me tomó años darme cuenta de que no fui yo, no fui la gota, tal vez participé en el vaso, pero no fui la gota. Creo que esa la pusiste tú, a veces me tengo que decir eso. Algún día me convenceré de que no fui yo, de que fuiste tú. Tu dolor no podría llevar mi nombre, aunque mi dolor lleve el tuyo. No sería justo, decir que por lo que me faltó, fui yo la gota, porque yo no soy tú y sólo tú estabas ahí.

¿Qué fue? ¿Quién la puso? ¿Por qué te fuiste? ¿Te fuiste? Claro que te fuiste, ya no estás, qué absurdo creer lo contrario cuando mi cuerpo nota tu ausencia. Tal vez no fue una gota, en definitiva, no fue una gota. Fueron unos gramos, o tal vez unos centímetros, unos minutos, unos años, los que hicieron que ya no estés. Nunca quise saber cómo fue, me daba miedo descubrir que te habías ido, que era en serio.

Tal vez te marcaré una última vez, esperaré hasta que contestes, para poderte decir que de haberte quedado, yo me hubiera ido, el dolor me hubiera llevado a mí. De eso estoy muy segura, aunque no conozco el dolor, sé que, si tú no hubieras abierto, hubiera tocado a mi puerta, estaba a lado de la tuya.

Ahora que lo puedo escribir, todo, al fin puedo decirlo todo. Me he dado cuenta de que tal vez la tristeza y el dolor no son lo mismo, porque la tristeza sin duda vino a mi puerta, cuando tú le abriste al dolor. Cuando el dolor te llevó.



Mónica Oltra

Consejo Editorial

Editora General
Cecilia Durán Mena
cecilia@porescrito.org

Editora Ejecutiva
Andrea Fischer

Mesa de Edición y Arbitraje
Cecilia Durán Mena
Virginia Meade (†)
Andrea Fischer
Fernando Montoya

Coordinación de Enlace y Relaciones Públicas
Itzayana San Germán Ceceña

Diseño Editorial
Dpto. de Arte y Diseño Imprecen, S.A. de C.V.

Foto de portada
Amigos
Ignacio Navarro

Radio
Cecilia Durán Mena
Juan Carlos Padilla Monroy

Producción del Programa de Radio
Isis Ayled González Martínez
Natalia Cobo Torres
Mariana Velázquez Uribe

Cuarto de Guerra
Alumnos de la Universidad Anáhuac
y Universidad del Claustro de Sor Juana

Digital
www.porescrito.org

Contacto
contacto@porescrito.org
55 5575 0476

PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

Los textos e ideas que aquí se publican son responsabilidad de quien los firma. ***Pretextos Literarios Por Escrito*** es una revista bimestral. Número cincuenta y uno. Editora responsable: Dra. Cecilia Durán Mena. Número de Certificado de Reserva de Nombre otorgado por el Instituto Nacional de Derecho de Autor 04-2022-111013495900-102. Número de Certificado de Licitud de Título y Contenido #16609. Domicilio de la publicación: Centenario 66, Col. del Carmen, Coyoacán. C.P. 04100, México, D.F. Impreso en Imprecen, S.A. de C.V. Carr. Guanajuato-Juventino Rosas Km. 12, Col. La Carbonera; Guanajuato, Guanajuato. Distribuidor: Grupo Mangolu, S.A. de C.V. Centenario 66, Col. del Carmen, Coyoacán. C.P. 04100, Ciudad de México.

Esta edición consta de 3,000 ejemplares.
Circulación Agosto-Septiembre de 2024.

PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

También estamos en:



55 7378 8336

porescritomx

@PorEscrito_

revistaporescrito

Revista Por Escrito

Por Escrito

Revista Por Escrito

Radio Anáhuac 16.70 AM
www.porescrito.org

Por Escrito

Ultimátum

"Soledad, magnitud donde sólo uno se escucha, donde no subleva el ruido de la matraca impertinente y absurda de la pobre humanidad que de uniformadas y mezquinas opiniones vive, aturdiéndose de trágicas risas nerviosas, nacidas del terror de mirar el propio vacío, la nada que cada uno significa,–cadáveres flotantes antes de la podredumbre misma del pellejo."

Nahui Olin
Óptica cerebral. Poemas dinámicos

PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

www.porescrito.org

Estamos empeñados en atrapar lectores...
para NUNCA dejarlos ir